

ORÍGENES Y TRANSFORMACIONES DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN CHILE*

J. Samuel Valenzuela

Este trabajo analiza el sistema de partidos chileno desde sus orígenes hasta el presente. Dicho sistema, se señala, aparece configurado en torno a tres polaridades: aparte de las polaridades relativas a los conflictos clericales/anticlericales y de derecha/izquierda, se sostiene que el sistema ha generado también partidos para apoyar a líderes políticos específicos o sus legados. De modo que no es posible entender los patrones de formación de coaliciones partidarias durante varias décadas sin tener en cuenta el efecto polarizante (o aglutinante) de estos últimos partidos. Ello ocurrió entre 1856 y 1874 por obra de los montt-varistas; entre 1894 y 1925 por cuenta de los

J. SAMUEL VALENZUELA. Ph. D. Universidad de Columbia. Faculty Fellow del Helen Kellogg Institute for International Studies de la Universidad de Notre Dame y profesor del Departamento de Sociología en la misma universidad. Autor de numerosas publicaciones, entre ellas, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1986). De sus últimos trabajos publicados en *Estudios Públicos* cabe mencionar "De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile" (Timothy R. Scully, C.S.C., coautor), N° 51 (invierno 1993).

* Deseo dejar constancia de mi gratitud a Erika Maza Valenzuela por su valiosa ayuda y sugerencias en la preparación de este trabajo. Vaya también mi aprecio para Scott Mainwaring por sus comentarios al borrador inicial, que sirvieron para mejorar su presentación. Escribí la mayor parte de este texto siendo Senior Associate Fellow en St. Antony's College, en la Universidad de Oxford. Agradezco a St. Antony's, y particularmente a Alan Angell, por su invitación y su generosidad académica.

balmacedistas; entre 1936 y mediados de los cincuenta con el “ibañismo”, y desde 1985 en adelante como fruto del gobierno militar y su impacto en la formación de un nuevo partido de derecha. El artículo revela a su vez hasta qué punto el sistema partidario chileno es de origen decimonónico y subraya la importancia de la normativa electoral en moldear sus transformaciones. Finalmente, se señala que el electorado chileno exhibe una lealtad considerable hacia las tendencias partidarias, pero menos hacia las etiquetas partidarias.

Los partidos políticos han sido organizaciones claves en el desarrollo y funcionamiento de la democracia en Chile. Ya sea al establecer los parámetros del debate político, estructurar las opciones electorales, articular los intereses sociales, formar y proyectar nacionalmente los liderazgos políticos, constituir los gobiernos y organizar el proceso legislativo, las funciones de los partidos han correspondido plenamente a las definiciones de manual en cuanto a lo que hacen los partidos en las democracias. El único período en que los partidos fueron desplazados de los círculos del poder en su historia más que centenaria fue durante los casi diecisiete años de gobierno militar que siguieron al quiebre de la democracia chilena en 1973. No obstante, los dirigentes y militantes mantuvieron —o en algunos casos recrearon— las redes organizacionales básicas que permitieron a los partidos convertirse en vehículos de apoyo o de oposición al régimen autoritario, y resurgir aceleradamente al iniciarse la transición a la democracia.¹ Esta pronta recuperación de los partidos ha sido una ventaja para el

¹ Los partidos y el sistema partidario chileno bajo el régimen autoritario del general Augusto Pinochet son analizados en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, “Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime”, en J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela, eds., *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986), capítulo 6; en Norbert Lechner, “El sistema de partidos en Chile: Una continuidad problemática”, en Lorenzo Meyer y José Luis Reyna, eds., *Los sistemas políticos en América Latina* (México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1989), y en Manuel Antonio Garretón, “La oposición política partidaria en el régimen militar chileno. Un proceso de aprendizaje para la transición”, en Marcelo Cavarozzi y Manuel Antonio Garretón, eds., *Muerte y resurrección: Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur* (Santiago de Chile: FLACSO, 1989).

Para un estudio de la composición actual del sistema partidario chileno y de la continuidad y variaciones del apoyo electoral a sus diversas tendencias políticas, véase Timothy R. Scully, C.S.C., y J. Samuel Valenzuela, “De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile”, *Estudios Públicos*, 51 (invierno 1993).

proceso de democratización o, más exactamente, de redemocratización en Chile.

Desde fines del siglo diecinueve, Chile ha tenido un sistema multipartidario con cinco o seis partidos fundamentales y varios más (cerca de veinticinco) de menor tamaño. El sistema se ha parecido más al de países de Europa latina que al de los demás países del nuevo mundo. Ningún partido chileno importante y perdurable, a diferencia de las experiencias brasileña, mexicana y argentina, fue creado bajo patrocinio estatal, lo cual no quita que ciertos partidos de importancia transitoria no hayan surgido para apoyar la gestión de algún presidente (como el Nacional o montt-varista a fines de la década de 1850), o de su legado político (como el Liberal Democrático o balmacedista creado después de fallecido el Presidente Balmaceda).

El sistema de partidos chileno se estructuró, junto a otros factores que serán mencionados más adelante, en torno a conflictos o divisiones importantes en la sociedad nacional. En el siglo diecinueve, el principal conflicto generador de partidos fue el relacionado con el papel de la Iglesia católica dentro del Estado y de las instituciones sociales, y los desencuentros multifacéticos ocasionados por dicho conflicto dieron origen no sólo a partidos y organizaciones sociales, sino también a subculturas definidas principalmente por su cercanía o su rechazo a la Iglesia y a sus opciones políticas. Aun cuando la división clerical/anticlerical que resultó de estos conflictos no desapareció en el siglo veinte, la principal ruptura social generadora de partidos pasaron a ser las diferencias de clase, tal y como éstas se manifestaban en las distintas políticas socioeconómicas formuladas por los dirigentes de los partidos y de las organizaciones empresariales y sindicales. En consecuencia, el país desarrolló otro eje de diferenciación entre partidos, grupos sociales y subculturas nacionales, con nuevos referentes ideológicos y programáticos, que se superpuso parcialmente al precedente.²

² J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: La expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires: IDES, 1985), y Timothy R. Scully, *Rethinking the Center: Party Politics in Nineteenth- and Twentieth-Century Chile* (Stanford: Stanford University Press, 1992), analizan la creación del sistema partidario chileno a partir de la noción de rupturas o divisiones sociales. Esta noción (*cleavages*) fue desarrollada originalmente por Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan, "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction", en Seymour Lipset y Stein Rokkan, eds., *Party Systems and Voter Alignments: Cross National Perspectives* (Nueva York: The Free Press, 1967), capítulo 1, para explicar las variaciones en la composición de los sistemas partidarios europeos.

Por razones que serán analizadas someramente después, los conflictos en torno a este último eje de diferenciación entre partidos llevaron a la creación de un Partido Comunista estrechamente vinculado al movimiento obrero, y luego de un Partido Socialista. Con ello, el sistema de partidos se reconstituyó a partir de los años treinta, cubriendo con tiendas partidarias relativamente fuertes, y en toda su extensión, el espectro ideológico de izquierda a derecha que se originó mundialmente a partir de la revolución rusa. Dada esta configuración, Giovanni Sartori ha clasificado el sistema partidario chileno de los años de posguerra como un ejemplo claro, junto con los de la República de Weimar, de la Cuarta República Francesa y de Italia, de lo que él llama “pluralismo extremo y polarizado”.³ Los partidos Conservador, Liberal y Radical que habían surgido en torno al primer eje de diferenciación redefinieron considerablemente su identidad al tomar sus posiciones en el nuevo espectro, quedando los primeros como partidos de derecha y el último como partido de centro. Dada su necesidad de diferenciarse de los partidos más fuertes, las posturas de los numerosos partidos menores que surgieron al cambiar las leyes electorales con la Constitución de 1925 se relacionaron también, por lo general, con las diferencias programáticas e ideológicas establecidas por las polaridades fundamentales del sistema de partidos, especialmente la socioeconómica. Los enfoques afines en los temas asociados a las polaridades básicas han explicado en gran medida la formación de las coaliciones partidarias. Sin embargo, el fraccionamiento de los partidos y las veleidades ocasionales del proceso de decisión partidario, especialmente al definir éstos su posición frente a las campañas presidenciales, podían complicar mucho la formación de las coaliciones.

La gran mayoría de los presidentes, ministros y legisladores chilenos han sido miembros de partidos o han estado cercanamente asociados a ellos. Los partidos normalmente han exigido que sus miembros compartan ciertos principios doctrinarios y que se rijan por la disciplina partidaria. En especial, los parlamentarios han estado sujetos a dicha disciplina al votar en el Congreso, y el romperla ha conllevado la amenaza concreta de excluir a los parlamentarios díscolos de los grupos partidarios en las cámaras, y, por ende, de quitarles el acceso al tiempo que les corresponde en las discusiones, sus cupos en los comités parlamentarios legislativos y, eventualmente, en la lista de candidaturas del partido para las próximas elecciones. El formar partidos nuevos o presentarse como candidatos indepen-

³ Giovanni Sartori, *Parties and Party Systems: A Framework for Analysis* (Nueva York: Cambridge University Press, 1976), p. 131 *et passim*.

dientes, alternativas abiertas a los políticos que han roto con sus partidos, ha sido una estrategia bastante arriesgada dada la identificación y lealtad de una porción considerable del electorado con los partidos más importantes y establecidos. No obstante, el uso de esta estrategia para rehuir la disciplina partidaria ha sido relativamente frecuente, lo cual explica en parte por qué ha habido tantos partidos pequeños desde que las leyes electorales facilitaron su formación. Y como la identificación del electorado con las tendencias políticas —es decir, con las posiciones y los símbolos asociados a las polaridades fundamentales del sistema— ha sido incluso más fuerte que su lealtad por los partidos específicos, a algunos partidos nuevos y pequeños les ha sido posible, aunque excepcionalmente, desplazar a los antiguos al convencer a cierto segmento del electorado de que son mejores exponentes de la respectiva tendencia.

La competencia partidaria ha sido intensa desde el decenio de 1890. Los partidos más importantes han presentado candidatos en la gran mayoría de los distritos a lo largo del país en cada elección, a menos que sus pactos electorales se los impidiesen.⁴ Además, militantes o simpatizantes de los partidos han rivalizado por las posiciones de liderazgo en las elecciones internas de organizaciones sociales significativas, como los sindicatos, las asociaciones profesionales, las universidades e incluso las federaciones escolares secundarias y los consejos vecinales. Dado lo muy extendida que se halla la presencia de los partidos en la vida nacional y su importancia como nexos entre el Estado y una amplia variedad de grupos sociales, Manuel Antonio Garretón se ha referido a ellos como la “columna vertebral” de la sociedad chilena.⁵ Aunque esta imagen exagera el papel de los partidos en la sociedad, es ciertamente correcto afirmar que las redes partidarias han provisto un canal importante a través del cual los líderes y activistas de las organizaciones sociales han desarrollado lazos entre sí y con los centros de poder.

⁴ La gran competitividad electoral en Chile ha sido demostrada en términos empíricos por Arturo Valenzuela, *Political Brokers in Chile: Local Government in a Centralized Polity* (Durham, N. C.: Duke University Press, 1977), capítulo 1. Ver también su “The Scope of the Chilean Party System”, *Comparative Politics*, Tomo IV, N° 1 (enero 1972), pp. 179-199. La evidencia se refiere a la década de 1960, pero la competencia partidaria intensa comenzó mucho antes.

⁵ Manuel Antonio Garretón, *Reconstruir la política: Transición y consolidación democrática en Chile* (Santiago: Editorial Andante, 1987), p. 64. Ver también del mismo autor *El proceso político chileno* (Santiago de Chile: FLACSO, 1983).

Este ensayo examina los orígenes y los cambios subsecuentes del sistema partidario chileno desde mediados del siglo diecinueve. Aun cuando los “partidos” surgieron en primera instancia de los debates parlamentarios y los clubes políticos que se desarrollaron en el país entre 1820 y 1850, fue sólo a comienzos de la década de 1890 que los partidos, y por ende el sistema de partidos, se desarrollaron plenamente. Fue sólo entonces que se inició un sistema electoral libre de la interferencia gubernamental directa, obligando (o permitiendo según sea el caso) a los partidos a maximizar sus esfuerzos para movilizar a los votantes en vez de descansar en los contactos con el Ministerio del Interior para posicionar a sus candidatos respectivos en las listas oficialmente favorecidas. Esto significó que los partidos tuvieran que fortalecer su red organizacional a lo largo del país y dar mayor importancia dentro de ella a los líderes y los militantes locales, quienes asumieron un rol más importante en los asuntos partidarios que antes. Los mismos cambios en las prácticas electorales permitieron el desarrollo de partidos vinculados a la formación del movimiento sindical y, como fruto de ello, el sistema partidario comenzó a reflejar la dimensión de clase, que en el siglo veinte se convertiría en parte sustancial de su morfología básica. El sistema de partidos chileno ha tenido varias e importantes transformaciones en el siglo XX con la creación de nuevos partidos y diferentes patrones de alianzas partidarias. Sin embargo, desde la perspectiva de las preferencias electorales en favor de las principales tendencias políticas, la continuidad ha sido, a partir de 1925, notable.

Un análisis de los orígenes y las transformaciones del sistema de partidos chileno nos obliga a considerar la pregunta genérica subyacente de cómo se crean los sistemas partidarios. Aunque no es posible examinarla aquí en profundidad, un breve comentario al respecto puede facilitar el análisis del desarrollo cronológico del sistema partidario chileno. Posteriormente, se analizarán las cinco configuraciones básicas que el sistema partidario chileno ha adoptado desde mediados del siglo diecinueve hasta el presente. La primera (1828-1891) creó tres de los partidos más “históricos” de Chile, a saber: el Conservador, el Radical y el Liberal. La segunda (1891-1925) corresponde a la interpretación parlamentarista de la Constitución de 1833 y presenció el surgimiento de un nuevo Partido Liberal y de los partidos de clase obrera. La tercera (1925-1957) engloba al sistema de partidos después del retorno a un sistema plenamente presidencialista, período en el cual las divisiones programáticas en torno a las políticas socioeconómicas surgen como el factor más relevante en la diferenciación partidaria. La cuarta (1957-1973) se inicia con la fundación de la Democracia Cristiana y los cambios que esto produjo. Y la quinta (1989 hasta el

presente) corresponde el sistema partidario tras el regreso a la democracia luego del gobierno militar.

Breve acotación sobre la formación de un sistema de partidos

La formación de un sistema de partidos depende de las interacciones entre cuatro niveles. El primero es el societal y se refiere —siguiendo los análisis pioneros de Lipset y Rokkan basados en la historia europea— a las ya mencionadas rupturas (*cleavages*) fundamentales que dividen a las sociedades nacionales en segmentos que asumen posiciones opuestas o detentan intereses conflictivos.⁶ Lipset y Rokkan advierten que si bien la mayoría de estos quiebres sociales ocurrieron —como la Reforma y la división en territorios protestantes y católicos— mucho antes de la formación de los regímenes democráticos y los sistemas partidarios, tales conflictos afectaron de todos modos la creación de los partidos en la medida que tuvieron un impacto perdurable en el establecimiento de todo tipo de organizaciones, instituciones sociales, identidades colectivas y subculturas. Lipset y Rokkan identifican cuatro dicotomías que son percibidas como denominadores comunes a la experiencia europea, pero hay variaciones considerables en la forma en que ocurrieron estas divisiones y, especialmente, en la intensidad con la que unas y otras afectaron a las sociedades nacionales, de manera que conflictos similares adquirieron mayor importancia en algunos países que en otros. Por tales razones, ciertos sistemas partidarios pueden parecer mucho más fundados que otros en las segmentaciones societales. Aun cuando las cuestiones originales relacionadas con los conflictos puedan haber perdido interés al punto que ya no parecerían significativas, si ellas fueron experimentadas con gran intensidad en primera instancia es muy probable que se haya formado una auténtica red de instituciones y subculturas sociales inspiradas en las diferencias originales, reproduciendo de ese modo las divisiones y reforzando la posibilidad de que las varias comunidades con diversa identidad vean de manera distinta tanto las nuevas manifestaciones de la cuestión original como los nuevos problemas que puedan surgir. Las divisiones sociales de carácter histórico crean actitudes generales, posturas o tendencias en torno a cuestiones políticas importantes, además de ciertos partidos específicos; en algunos casos, puede haber una variación considerable en las etiquetas y

⁶ Lipset y Rokkan, *op. cit.*

organizaciones partidarias, pero las tendencias, especialmente allí donde las escisiones fueron experimentadas de manera intensa, son mucho más inmutables. Cuando Lipset y Rokkan advertían que los sistemas partidarios europeos de la década de 1960 habían quedado “congelados” en sus posturas allá por el año 1920, debe entenderse más apropiadamente el comentario como un congelamiento de las tendencias más que de las organizaciones partidarias específicas.⁷

El segundo nivel apunta a los recursos humanos y materiales requeridos para formar organizaciones partidarias. Cualquiera sea la forma específica que adopten las organizaciones —y el análisis que Duverger hace de ellas sigue siendo el fundamental—⁸ todos los partidos precisan de líderes, activistas, adherentes, centros de operaciones y financiamiento. La creación de nuevos partidos se ve facilitada cuando se tiene la capacidad de obtener dichos recursos humanos y materiales de alguna matriz social y organizacional de uno u otro tipo. Por esta razón, los *cleavages* sociales y las identidades segmentarias que generan se transfieren mucho más fácilmente a los nuevos partidos cuando a la vez están vinculados a alguna red social de cierta densidad. Ésta puede adoptar la forma de organizaciones configuradas horizontalmente por gente que comparte las mismas condiciones de vida, como es el caso entre los trabajadores sindicalizados o las sociedades de ayuda mutua, o consistir en lazos sociales con un componente vertical, como es el caso de muchas comunidades religiosas, de las sociedades o regiones rurales sometidas a la influencia de las personas prominentes de la localidad, y así sucesivamente. Por lo tanto, puede ser que, en muchas sociedades nacionales, los sindicatos no fueran la base más sólida para la formación de las identidades colectivas más fuertes, y, sin embargo, dado que eran el tipo indicado de organización en términos de objetivos e intereses políticos, liderazgos claros, recursos y afiliación masiva —esto es, de una densa sociabilidad organizada—, pudieron apoyar con mayor facilidad la formación de un partido. Lo mismo se puede decir de las Iglesias, aun cuando sólo en algunas sociedades nacionales ellas tuvieron algún interés de carácter político en crear partidos. Además, las sociedades nacionales generalmente más organizadas que otras, por alguna razón, tenderán a crear organizaciones partidarias más fuertes.

El tercer nivel es el del régimen político. Los partidos son el fruto del desarrollo de la llamada política de masas, ya sea bajo regímenes democráticos u otros, que empieza a surgir en la segunda mitad del siglo

⁷ Lipset y Rokkan, *op. cit.*, p. 54.

⁸ Maurice Duverger, *Les partis politiques* (París: Armand Colin, 1951).

diecinueve. Sirven como un medio para organizar y movilizar el apoyo — y la oposición— hacia los líderes políticos tanto en la población en general como en las instituciones gubernamentales. Los partidos alcanzan su expresión más característica bajo las democracias liberales, dadas las libertades que tales regímenes garantizan para la organización política, el recurso regular a las contiendas electorales como un medio de determinar quién asumirá el gobierno, y la necesidad de organizar a los adherentes y los opositores al gobierno en el funcionamiento diario de las legislaturas. Los países que contaban con esquemas democrático-constitucionales cuando se desarrolló en primera instancia la política de masas, tendieron a generar a su vez organizaciones e identidades partidarias más sólidas.

Como es bien sabido, un componente institucional fundamental que afecta la formación de los partidos en los regímenes democráticos son las leyes y procedimientos electorales, incluyendo las normas para escoger a los candidatos, la forma en que son diseñados los distritos electorales y la forma en que se contabilizan los votantes para determinar quien pierde y quien gana. Tales normas pueden tener múltiples variaciones, más allá de la simple distinción entre los sistemas mayoritario y proporcional y, en cada caso, debe examinárselas cuidadosamente para determinar sus probables consecuencias. Adicionalmente, la legislación orientada a reglamentar la vida de los partidos, en caso de que la haya, puede tener un efecto significativo en su formación y desarrollo. Pese a todo, en muchos países, la política de masas comenzó a desarrollarse bajo regímenes autoritarios. En tales casos, las organizaciones partidarias pueden ser orquestadas por las propias autoridades y los partidos opositores pueden emerger ligados a la aparición de sindicatos y otras organizaciones sectoriales populares; y, en algunos casos, a las Iglesias. Sin embargo, aunque los partidos pueden existir en tales condiciones, un sistema partidario no llega a desarrollarse plenamente hasta que no hay una transición a la democracia y, quizás, varias décadas de política democrática normal. Es sólo en las democracias que puede surgir un conjunto pleno de alternativas partidarias y patrones regulares de interacción entre los partidos.

El cuarto nivel se refiere a lo que puede denominarse “divisiones fortuitas generadoras de partidos” (en oposición a las societales previamente mencionadas). Los partidos pueden formarse, fusionarse o desaparecer a raíz de ciertas cuestiones que no tienen relación con ninguna ruptura societal. Ello puede ocurrir por obra de personalidades políticas dominantes que crean o dividen partidos, desacuerdos relativos a cuestiones específicas, incluyendo los temas institucionales y constitucionales, crisis en las organizaciones partidistas que desmoralicen y dispersen a sus

militantes, y así sucesivamente. Pese a originarse a partir de cuestiones adscritas más al dominio de la política contingente que a las segmentaciones sociales, los partidos creados por estas razones pueden clasificarse en función de las posturas que adoptan, del objetivo al cual apuntan sus propuestas electorales, de las coaliciones que forman con otros partidos y/o de las organizaciones sociales con las que se relacionan o cuyo apoyo buscan dentro de las tendencias existentes. Es el caso, especialmente, de las sociedades nacionales cuyas segmentaciones históricas eran fuertes, generando tendencias bien definidas dentro del sistema partidario.

Aunque los principales partidos chilenos están firmemente enraizados en determinados segmentos sociales, hubo muchos partidos que surgieron a raíz de estas divisiones “fortuitas”. Pasemos, entonces, a los comienzos históricos del sistema partidario chileno.

La emergencia del sistema de partidos chileno (1828-1891)

Tras la independencia de España, los líderes políticos y militares chilenos se dividieron en un complejo panorama de varios grupos que sostenían posturas distintas respecto a los temas constitucionales y económicos de la época.⁹ Hacia fines de la década de 1820, habían hecho su aparición dos grupos fundamentales, los llamados “pipiolos” y los “pelucones”. Los primeros, precursores de un segmento que más tarde sería conocido como el de los liberales, apoyaban la Constitución de 1828, que establecía un diseño relativamente descentralizado de la autoridad estatal nacional. Los segundos abogaban por un modelo más centralista, el cual quedaría consagrado en la Constitución de 1833, que fue aprobada luego que los adherentes de la Carta de 1828 fueran derrotados en una guerra civil (1829-1830).

Aun cuando esa guerra dejó profundas animosidades y aunque la Constitución de 1828 habría de ser reverenciada durante varias décadas por figuras intelectuales del entorno liberal, esa división no fue la única base, ni la más importante, para la formación de organizaciones políticas partidarias o protopartidarias perdurables. Bajo la presidencia de Manuel

⁹ Véase el excelente análisis de esas posturas que ofrece Simon Collier en *Ideas and Politics in Chilean Independence* (Cambridge: Cambridge University Press, 1967).

Bulnes (1841-1851), general que había llegado a convertirse en símbolo unificador a causa de sus éxitos militares en la guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana (1837-1838), todos los antiguos adversarios políticos y quienes se enfrentaron en la guerra civil encontraron un lugar en los círculos del poder. Ello atenuó la preeminencia de los conflictos precedentes. Con todo, al aproximarse el gobierno de Bulnes al término de su segundo mandato de cinco años, un nuevo grupo político, los “filopolitas”, escindido del tronco pelucón pero de ideas próximas a los pipiols en ciertos aspectos relacionados principalmente con el conflicto Iglesia/Estado, se aglutinaron en torno a uno de los ministros de Bulnes que fue, al menos durante un tiempo, considerado como su posible sucesor en la presidencia. El ministro en cuestión, acusado de nepotismo por sus oponentes, perdió el favor presidencial luego de que sus opositores pudieran derrotar a sus listas oficiales de candidatos en cinco de los seis distritos en que se presentaron en las elecciones legislativas de 1849. Los beneficiarios de su caída en desgracia fueron Manuel Montt y su más estrecho colaborador, Antonio Varas, dos representantes de la opinión pelucona. Montt sucedió a Bulnes en la presidencia (1851-1861).

Fue bajo el gobierno de Montt que se creó el primer sistema de partidos chileno. Surgió, como se señalara más arriba, de un conflicto entre la Iglesia y el Estado. Del pasado colonial, Chile heredó una Iglesia íntimamente ligada al funcionamiento del Estado. El rey de la lejana España estaba facultado para ejercer el llamado patronato, mediante el cual era, en la práctica, la cabeza administrativa de la Iglesia en sus dominios. Esto significaba que el rey sometía todos los nombramientos eclesiásticos a lo que equivalía a una aprobación meramente formal del Vaticano, que todos los sacerdotes seculares estaban en la nómina del Estado y que el diezmo (un impuesto a la producción agrícola) era recolectado y administrado por el Estado. Pese a su aparente subordinación a las autoridades civiles, la Iglesia ejercía una influencia rectora importante sobre toda la sociedad. Administraba todas las instituciones educativas, el derecho canónico era la base del derecho civil en materias relacionadas con el matrimonio y la vida familiar y los bautizos, matrimonios y funerales servían como el único registro oficial de la población. Las subdivisiones territoriales con fines administrativos coincidían con las parroquiales.

Las guerras de la independencia fueron tanto una guerra de carácter civil como una lucha contra el centro imperial. Durante este conflicto, pese a la participación visible en la causa patriótica de importantes sacerdotes, como el publicista Camilo Henríquez, la mayor parte de la jerarquía eclesiástica siguió siendo —comprensiblemente— leal a la Corona. Por ende,

las relaciones entre las nuevas autoridades estatales y la jerarquía fueron al principio más bien tensas. Los nuevos líderes gubernamentales heredaron de la Corona las facultades de designación de la jerarquía católica y, puesto que la lealtad a la nueva República era una condición para dichos nombramientos, durante una década o poco más los sentimientos monárquicos dentro de la Iglesia fueron cosa del pasado. La jerarquía eclesiástica comprobó, por lo general, que tenía más en común con los pelucones que con los pipiolos, puesto que estos últimos mostraban una mayor disposición a permitir que los recientes inmigrantes británicos, alemanes y otros de filiación protestante que arribaban a Chile por esa época pudieran celebrar sus servicios religiosos y fundar sus propios colegios. Sin embargo, esas mismas personalidades del clero estaban bastante menos dispuestas a tolerar la interferencia de las autoridades estatales en el gobierno interno de la Iglesia; bastante menos, en rigor, que la interferencia de la Corona que había estado dispuesta a tolerar la Iglesia durante la época colonial.

Los acontecimientos que habrían de galvanizar la creación de un partido político dedicado ante todo a defender las posiciones de la Iglesia en los asuntos nacionales, al igual que sus prerrogativas e intereses como componente del Estado, ocurrieron en 1856. Un problema aparentemente menor en la Catedral de Santiago, el despido de un sacristán asistente por el sacristán mayor, se convirtió en un asunto de Estado al verse envuelto, él mismo, en una disputa con los cánones de la Iglesia respecto a su propio derecho a hacerlo. Cuando la jerarquía eclesiástica apoyó al sacristán mayor, dos cánones decidieron, aunque eran ellos mismos sacerdotes, apelar esta decisión a la Corte Suprema. Aunque ello estaba permitido ciñéndose a los términos del patronato, el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso, quien era un ferviente ultramontano (esto es, tanto un oponente de la supremacía de las autoridades civiles sobre la Iglesia como un firme defensor de los derechos de la Iglesia a tener una influencia rectora en las instituciones nacionales), dejó en claro que se opondría a cualquier interferencia de la corte en el gobierno interno de la Iglesia. El Presidente Manuel Montt, quien a su vez era un decidido regalista (esto es, un partidario del patronato), adoptó la posición opuesta y el choque resultante entre el arzobispo y el presidente pelucón se convirtió en un grave problema político. Los partidarios de la Iglesia, tanto los clérigos como los laicos, hombres y mujeres, organizaron manifestaciones de apoyo al arzobispo, al tiempo que éste se dispuso a partir al exilio antes que capitular frente a la postura del gobierno. Tan sólo el retiro del recurso de los cánones a la corte, conseguido en última instancia por Antonio Varas, el amigo y minis-

tro más cercano a Montt, acabó con el problema.¹⁰ Así y todo, el arzobispo aprovechó el bien organizado movimiento de apoyo que había recibido para revitalizar a los círculos pelucones cercanos a él y comprometerlos a que abogaran por las posturas de la Iglesia ultramontana y defendieran sus prerrogativas. Ya entonces los pelucones eran llamados a la vez conservadores, y tras su escisión a raíz del regalismo de Montt, esta denominación quedó para designar al grupo que se alineó junto a la Iglesia. Los conservadores comenzaron al mismo tiempo a hacer hincapié en la importancia de respetar las libertades cívicas y políticas. Como respuesta a ello, los partidarios del Presidente, que siguieron enfatizando la necesidad de contar con una autoridad estatal centralizada y fuerte —que mandara incluso a la Iglesia— llegaron a ser conocidos como “nacionales” o “montt-varistas”. De modo similar, los demás oponentes de Montt y de Varas, tanto los filopolitas como los pipiols (quienes aún se definían por su apego a la Constitución de 1828), quedaron con el rótulo de “liberales”, designación que ya era usada antes para designar a los pipiols. Un grupo radical, caracterizado ante todo por asumir las posiciones más anticlericales y una defensa más rigurosa de las libertades cívicas, adquiriría forma propia al desligarse de los círculos liberales.

Al haber surgido de un conflicto entre la Iglesia y el Estado, los antagonismos en el sistema resultante, compuesto de cuatro partidos fundamentales, fueron aquéllos entre el Partido Conservador, cuya *raison d'être* era la defensa de la autonomía y las prerrogativas clericales, y, por un lado, los regalistas (del Partido Nacional) y, por otro, los anticlericales (agrupados en el Partido Radical y, en menor medida, en el Partido Liberal). Los primeros chocaban con los conservadores por rechazar la autonomía de la Iglesia, y los segundos por recusar sus prerrogativas, incluido su intento de tener una influencia rectora sobre la sociedad. Los problemas de la época, ya fuera el delimitar las respectivas jurisdicciones de la Iglesia

¹⁰ Los textos de historia de Chile suelen analizar ampliamente la llamada “cuestión del sacristán”. Un primer tratamiento aparece en *Cuadro histórico de la administración Montt, escrito según sus propios documentos* (Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio de Santos Tornero, 1861), pp. 530-535. El libro fue escrito por Diego Barros Arana, José Victorino Lastarria, Domingo Santa María y Marcial González, según una indicación manuscrita en el ejemplar de la biblioteca de la Universidad de Yale. Un relato que tiene el mérito de haber sido redactado por el entonces joven testigo de los acontecimientos, que era a su vez sobrino y asistente del arzobispo, es el de Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto. Memorias de don Crescente Errázuriz* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1934), pp. 109-117.

y las autoridades jurídicas estatales, efectuar los nombramientos eclesiásticos, redactar el código civil, crear escuelas administradas por el Estado o la Iglesia, permitir que los disidentes religiosos celebraran cultos en lugares visibles y abiertos al público, autorizar la creación de escuelas regentadas por masones o protestantes, establecer un registro civil y matrimonios civiles, secularizar los cementerios y así sucesivamente, generaron arduas polémicas y movilizaron a los partidarios y detractores de cada medida, incluyendo a las mujeres. Los partidarios de la Iglesia, en particular, siguieron los debates parlamentarios de estos temas en los balcones de las cámaras legislativas, organizaron manifestaciones públicas y escribieron encendidos artículos en la prensa pro clerical o bien crearon nuevos diarios para expresar sus puntos de vista —práctica habitual en la época—. Uno de los ejemplos más interesantes de lo último fue *El Eco de las Señoras de Santiago*, un semanario publicado en 1865 por mujeres, con el formato de un periódico.¹¹ *El Eco* fue creado para apoyar la postura de la Iglesia en el tema de la libertad religiosa, cuando el Congreso debatía una nueva ley que interpretaba más liberalmente la disposición constitucional que definía a la Iglesia Católica como la religión oficial del Estado. Las controversias políticas implicaron a una porción mucho mayor de la población que los meros votantes, y la firme defensa de la Iglesia por el Partido Conservador y viceversa contribuyeron a reforzar esta mayor politización. Las divisiones políticas de la nación no eran pura y simplemente el producto de algunos políticos exaltados. La Iglesia fue también activa en la creación de grupos de la Unión Católica entre los trabajadores y las mujeres, incluyendo sindicatos y sociedades de ayuda mutua después de 1880, provocando con ello el surgimiento de líderes y militantes de organizaciones sociales con cierta continuidad en el tiempo y generalmente afines a sus principios. Esto mismo vino a incentivar esfuerzos similares de parte de los grupos anticlericales. La temprana politización de la sociedad local a través de un organismo social tan poderoso como la Iglesia, ya fuera por el apoyo a ella o su rechazo, fue un factor importante para la subsiguiente cristalización de identidades y organizaciones partidarias relativamente fuertes en Chile. Las etiquetas habituales que se manejan en la historiografía chilena respecto a la naturaleza “oligárquica” e incluso “aristocrática” de la política en el

¹¹ Véase Erika Maza Valenzuela, “Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile, 1856-1935”, *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995). Este artículo analiza el contenido de ese periódico y revela el grado en que grupos de mujeres se hallaban involucradas en los acontecimientos políticos en Chile durante el siglo diecinueve.

siglo diecinueve son en buena medida engañosas.¹² Ya a fines de la década de 1880, los partidos habían impreso una huella en la sociedad chilena y no es posible entender la fuerza del sistema partidario chileno sin una referencia a sus orígenes decimonónicos.

Aunque la dimensión clerical y anticlerical fue el eje fundamental del sistema de partidos, el hecho de que hubiera cuatro agrupaciones fundamentales y no sólo dos indica que fue un proceso más complejo de lo que parece a primera vista. Además de las diferencias ya mencionadas arriba, el surgimiento de cuatro partidos reflejaba hasta cierto punto sus respectivos linajes enraizados en los debates y conflictos políticos precedentes. El *pedigree* de los liberales más “avanzados” se remontaba a las fuerzas pipiolas derrotadas en la guerra civil de 1829-1830, e intentaban reformar la Constitución de 1833 de modo que se aproximara a la anterior. Muchos de esos liberales se convirtieron con el tiempo en radicales. El Partido Liberal incluía a su vez a quienes provenían del grupo filopolita, el cual, pese a propiciar la Constitución de 1833, se oponía a la candidatura presidencial de Manuel Montt, puesto que era él quien había desplazado a su líder en 1849. Al embarcarse Montt en una confrontación con la Iglesia, consiguió indisponerse durante su presidencia con el grueso de sus partidarios pelucones originales, que se fueron al recién formado Partido Conservador. Pero los conflictos previos de los pelucones con ambas facciones liberales hicieron imposible que los partidarios residuales de Montt se unieran a los liberales en contra de los conservadores. Por ende, quienes permanecieron leales a Montt y a su álter ego, Antonio Varas, formaron un núcleo distinto. Con todo, en las décadas de 1870 y 1880, los viejos conflictos se habían ido diluyendo en la memoria y los montt-varistas o nacionales eran para entonces prácticamente indiferenciables de los liberales. Todas esas diferencias específicamente políticas (en oposición a las societales, esto es, a las que se reflejaban en las organizaciones religiosas, educativas y sociales) dieron pie a un sistema partidario emergente de naturaleza cuatripartita y no sencillamente bipartidista.

El sistema electoral de este período favoreció la formación de coaliciones entre quienes estaban en el poder y quienes estaban fuera de él.¹³

¹² Desarrollo este tema en J. Samuel Valenzuela, “Building Aspects of Democracy Before Democracy: Electoral Practices in Nineteenth Century Chile,” en Eduardo Posada-Carbó, *Elections Before Democracy* (Londres: MacMillan, por aparecer).

¹³ Lo que sigue se basa en J. S. Valenzuela, *Democratización vía reforma*, *op. cit.*, capítulo 2.

Así, pese a sus diferencias, el patrón de formación de coaliciones partidistas estuvo a menudo determinado por alianzas tácticas más que programáticas. La mayoría del electorado estaba bajo fuerte influencia del gobierno, en la medida que estaba enrolada en la milicia cívica o empleada en los servicios públicos. El Ministerio del Interior elaboraba listas oficiales de candidatos, y dado que en el sistema electoral de lista completa para las elecciones municipales, de la Cámara baja y de los electores del Senado y los presidentes, el ganador se lo llevaba todo, la mayoría de quienes eran elegidos provenía de las listas oficiales. Aunque los gobiernos de la época incluían a menudo a algunos de sus críticos en las listas oficiales, los grupos opositores contaban con fuertes incentivos para reunir sus propios recursos, siempre con miras a socavar una sección, electoralmente hablando, en el tinglado electoral gubernamental. Concentraban sus esfuerzos en ganar el apoyo de los artesanos, los pequeños comerciantes y los pequeños propietarios, que formaban el grueso de la milicia cívica. La aparición de clubes políticos (la Sociedad Caupolicán de 1845 y la Sociedad de la Igualdad de 1850), centrados en captar una audiencia entre los artesanos, fue en buena medida el fruto de ese intento opositor de reclutar a los miembros de la milicia en favor de sus puntos de vista.¹⁴ Los conservadores y liberales se hallaban entre los activistas de oposición en 1850. Su común rechazo a Montt condujo a una alianza entre ellos, que tuvo éxito incluso como una coalición de gobierno nada fácil entre 1861 y 1873. Se rompió finalmente, dadas sus diferencias en el tema de las políticas educacionales y otros asuntos de importancia para la Iglesia.¹⁵

La oposición legislativa intentó a su vez reformar el sistema electoral y limitar el poder del Ejecutivo por la vía de reforzar las libertades

¹⁴ Esto lo dice Domingo Amunátegui Solar, *Historia social de Chile* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1932), p. 93, en conexión con la Sociedad Caupolicán. Véase también Alberto J. Varona, *Francisco Bilbao: Revolucionario de América* (Buenos Aires: Ediciones Excelsior, 1973), capítulo 4.

Aunque son menos conocidos, también surgieron clubes políticos en apoyo al gobierno y sus candidatos. Estos probablemente tenían apoyo oficial. Uno de ellos fue la “Sociedad del Orden Compuesta por los Artesanos de Valparaíso”, o la “Sociedad del Orden” como se la llamó más abreviadamente, que apareció para apoyar la reelección del Presidente Bulnes. Véase *El Cívico de Valparaíso. Periódico popular dedicado a los artesanos*, Valparaíso, N° 3 (22 de marzo de 1846), p. 1. Bulnes también contó con el apoyo de un periódico dirigido a los artesanos cuando fue elegido para su primer período presidencial. Ver *El Artesano*, Santiago de Chile, 17 de junio de 1841.

¹⁵ Al respecto, véase Sol Serrano, *Universidad y Nación. Chile en el siglo diecinueve* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria), especialmente capítulo quinto.

cívicas y fortalecer el papel del Congreso. Importantes reformas electorales llevadas a cabo en 1874 fueron promulgadas por una coalición parlamentaria de oposición entre los conservadores, los radicales y los “liberales sueltos” o “avanzados” (quienes eran generalmente opositores), y estaban diseñadas para limitar el control del gobierno sobre el electorado. Al afirmar en la nueva ley que todos los que sabían leer y escribir contaban con los medios necesarios para votar, los legisladores soslayaron las disposiciones constitucionales que estipulaban requisitos de ingreso y de propiedad para votar y, especialmente —dados los bajos niveles fijados para tales requisitos—, la obligación de los votantes de probar que tenían dichos ingresos o propiedades cuando se inscribían. A raíz de ello, el número de electores que votaron (no los que se inscribieron para votar) en las elecciones parlamentarias aumentó de 26.815 en 1873 a 80.346 en 1876, y a 104.041 en 1879.¹⁶ La ley de 1874 cambió a su vez el régimen electoral para asegurarse de que hubiera un tercio de representación minoritaria en los gobiernos municipales y facilitar este mismo en las elecciones a la Cámara baja, y reorganizó por completo el control y la organización del proceso electoral en sí, en un intento de arrebatarlo al control gubernamental directo.

Las reformas electorales de 1874 no tuvieron los efectos que la oposición, especialmente los conservadores, habían esperado. El Partido Radical se unió a los liberales en una alianza de gobierno y en 1876 recurrió a medidas arbitrarias para derrotar a los líderes claves del Partido Conservador y seguir generando grandes mayorías a favor de su lista unida de candidatos oficiales. Los conservadores resolvieron a comienzos de la década de 1880 abstenerse de participar en las elecciones, lo cual provocó una caída en el número de votantes. Ello dio además vía libre a la alianza liberal-radical para que aprobara una serie de leyes anticlericales. Al término de la presidencia de José Manuel Balmaceda (1886-1891), el país se vio inmerso en una guerra civil, al surgir un grave conflicto respecto a las facultades del Ejecutivo. Balmaceda era una figura intransigente y, durante su período en el cargo, los radicales, la mayoría de los liberales y la mayor

¹⁶ Ver J. S. Valenzuela, *Democratización vía reforma*, p. 150. La población total de la época era de aproximadamente 2.100.000 habitantes, de los cuales cerca de la mitad estaba por debajo de la edad requerida para votar. Alrededor de un tercio del medio millón de adultos varones, en cifras gruesas, era analfabeto. Las elecciones de 1876 incluyeron grupos de mujeres que se inscribieron y presumiblemente votaron, dado el hecho de que la ley ampliaba ese derecho a “todos los chilenos” sin especificar su género. Ver Erika Maza Valenzuela, *op. cit.*

parte de los nacionales se habían unido a los conservadores para oponerse a su gobierno. Cuando el Congreso se negó a aprobar el presupuesto de Balmaceda para 1891, una herramienta favorita de los legisladores en las décadas previas para obtener concesiones del Ejecutivo, el Presidente replicó aprobando por decreto el presupuesto del año anterior. Ello condujo a un conflicto armado y la victoria de las fuerzas bajo el liderazgo congresista generó cambios significativos en las instituciones políticas de la nación.

El sistema partidario bajo la “República Parlamentaria” (1891-1925)

La historiografía chilena asigna el rótulo de “República Parlamentaria” al período entre 1891 y 1925, dado que en él se implementó una nueva interpretación de la Constitución de 1833, en virtud de la cual se requería que los gabinetes tuvieran mayorías parlamentarias. Sin embargo, el régimen resultante fue en el mejor de los casos semipresidencial, pues los presidentes siguieron siendo elegidos por un período no renovable de cinco años. Además, aunque el Ministro del Interior era la figura sobresaliente dentro del gabinete, y el encargado por el Presidente de formar dicho gabinete, no había un cargo de primer ministro como tal a la cabeza del gobierno.

El sistema partidario se vio afectado por otros cambios introducidos en 1891. En la ola de vasto rechazo a los intentos de Balmaceda de nombrar a un candidato oficial a la presidencia para que lo sucediera, hubo finalmente un sólido compromiso entre todos los partidos fundamentales para crear un sistema electoral que habría de ser independiente de la intervención gubernamental. Con este fin, la autonomía de las autoridades municipales a cargo de organizar los procesos electorales se vio realizada. Las milicias cívicas, previamente un activo tan importante para los gobiernos como fuente de votos para las candidaturas oficiales, fueron finalmente disueltas luego de perder importancia como consecuencia de la formación de un ejército más grande para enfrentar la Guerra del Pacífico (1879-1883). Por ende, en 1896, luego de un gobierno de transición, Federico Errázuriz Echaurren se convirtió en el primer Presidente (1896-1901) elegido sin haber sido el candidato oficial escogido por su predecesor.¹⁷ A

¹⁷ El predecesor de Errázuriz, el almirante Jorge Montt, fue designado por los dirigentes de todos los partidos que unieron sus fuerzas para derrotar a Balmaceda. No fue elegido.

través de los votos que pudieran movilizar, las organizaciones partidistas locales se convirtieron en instrumentos claves para la elección de todas las autoridades, desde las municipales a las de alcance nacional.

Este cambio no sólo consolidó a las organizaciones partidistas, sino que las situó en el centro del sistema político chileno. Las elecciones se volvieron altamente competitivas y los partidos hubieron de desarrollar filiales locales en todo el territorio nacional con miras a captar el voto. A pesar de que los partidos habían comenzado ya a crear redes de adherentes de nivel medio y bajo, la ampliación de la competencia electoral dio a este proceso un nuevo empuje. Se hizo de rigor organizar convenciones nacionales para decidir los programas y las candidaturas presidenciales de los partidos, práctica ya incipiente en la década de 1870. No eran convenciones pequeñas; las liberales, por ejemplo, congregaron a más de mil delegados de todo el país. Las candidaturas presidenciales y parlamentarias tuvieron que prestar mayor atención a las sensibilidades y exigencias de los dirigentes partidarios locales si pretendían ganarse su apoyo para movilizar a los electores necesarios para triunfar. Las elecciones presidenciales siguieron siendo indirectas, debiendo el electorado escoger entre 260 y 350 electores de todo el país.

La historiografía del período ha pasado por alto la significación de estos cambios. Se ha centrado más bien en el desarrollo de prácticas electorales como el cohecho, el conducir a las urnas, con sus respectivos votos marcados, a la clientela electoral y dependientes, y en el intento de los militantes locales de asegurarse, a través de una variedad de estrategias nunca enteramente seguras, de que tanto sus electores comprados y sus clientelas votaran realmente como se suponía que debían hacerlo. Pero tales recuentos no sólo exageran la amplitud con que tales prácticas “viciaban” las elecciones, sino que olvidan a la vez el punto crucial. Un sistema electoral administrado oficialmente es muy distinto a uno que se convierte en un mercado electoral en el que las organizaciones partidarias compiten por el voto. Dicha competición llevó a los distintos partidos en aquella época a ofrecer a los votantes lo que ellos mismos designarían como una “gratificación”. Bien puede ser que algunos electores fueran influidos en sus preferencias de voto exclusivamente por las sumas que les eran ofrecidas. Pero, muy probablemente, ese caso se daba en muchas menos instancias que las que sugieren los detractores contemporáneos de esta práctica y algunos historiadores actuales.¹⁸ Después de todo, era atendible que los

¹⁸ Para un análisis de esta práctica, ver René Millas Carvacho, *La elección presidencial de 1920. Tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*

electores racionales y de modestos recursos, que pensaban votar de todas maneras por cierto candidato, exigieran una “gratificación” en la sede de la candidatura al enterarse de que ésta era ofrecida. Puede que otros fueran impulsados a no abstenerse de votar a cambio de la gratificación, pero es posible que en tal caso acabaran también votando por sus preferencias. Es engañoso suponer pura y simplemente que todos los ciudadanos que recibían una gratificación estaban, por ende, votando obligatoriamente por una opción opuesta a sus propios puntos de vista e intereses. Los testimonios de la época indican que el hecho de gastar más dinero para pagar a los electores no garantizaba el éxito electoral.¹⁹ E incluso si los partidos obtenían, por estos medios, votos que de otro modo no hubieran obtenido, aún así debían desarrollar la capacidad organizacional para cumplir con tales pagos.

Un nuevo régimen electoral estableció el voto acumulativo en todas las elecciones. Este sistema había sido utilizado previamente, en 1874, en contiendas para la cámara baja del Congreso. Esto significaba que los votantes contaban con tantas opciones como cargos había en litigio y que podían distribuir sus preferencias como quisieran, incluyendo la práctica de adjudicar todos los votos a un solo candidato. Los candidatos triunfantes eran los que obtenían los mayores totales individuales, independientemente del total de votos reunido por la lista del partido. Por ende, en los distritos parlamentarios plurinominales, en las elecciones municipales y las elecciones para el colegio electoral presidencial, los partidos minoritarios podían escoger a uno o más de sus candidatos en la medida que instruyeran a sus electores para que concentraran sus preferencias. Dicho sistema obligó a los partidos a diseñar cuidadosamente sus estrategias electorales en cada localidad. Los líderes partidarios habían de adivinar con mucha exactitud cuántos votantes acudirían a las urnas (las inscripciones y el acto de votar eran voluntarios y sólo la mitad a las tres cuartas partes de los individuos susceptibles de inscribirse y votar lo hacían), y cuántos votos habrían de reunir ellos y sus oponentes para sus respectivas listas. Esos cálculos eran vitales, pues el éxito dependía de tener una equivalencia

(Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1981), p. 166. Millar analiza otras formas de irregularidad electoral, pp. 162-179. Algunas de ellas son claramente fraudulentas, pero todas reflejan la intensidad de la competencia partidaria a lo largo de todo el país. Este punto requiere de un mayor tratamiento que el que es posible aquí.

¹⁹ Véase Ramón Subercaseaux, *Memorias de ochenta años. Recuerdos personales, críticas, reminiscencias históricas, viajes, anécdotas* (Santiago de Chile: Editorial Nascimento, 1936, 2a ed.), Tomo II, p. 203.

óptima entre el número de votos, el número de candidatos en la lista y la distribución de los votos entre los candidatos. Un exceso de candidatos sin instrucciones a los votantes acerca de cómo concentrar sus preferencias corría el riesgo de no aportar a ninguna de las candidaturas los votos suficientes para ganar, pese a que la lista obtuviera una gran votación. Muy pocos candidatos o una concentración excesiva de los votos en uno o dos de ellos planteaban el riesgo de que fueran elegidos menos candidatos de los que la lista hubiera sido capaz de elegir con su total de votos. El sistema incentivaba a los líderes partidarios locales para que organizaran e instruyeran a sus electores tanto como les fuera posible, y se aseguraran de que cada uno votara realmente; las “gratificaciones” a los votantes debían ser percibidas a su vez en este contexto, pues otorgaban a los militantes una oportunidad crucial de difundir sus instrucciones —y una papeleta marcada previamente— a cada votante. Una complicación adicional consistía en que los partidos podían formar pactos electorales, con la posibilidad de establecer distintos pactos en distintos distritos electorales. Esos pactos aumentaban el número de votantes por candidatos específicos, alterando los equilibrios matemáticos de los cálculos electorales y obligando a los oponentes a variar sus estrategias en conformidad con ello.

No había barreras legales importantes para la configuración de nuevas listas de partidos para las elecciones. Bastaba con que se imprimieran sus papeletas en el papel y la tinta requeridas por el formato y las especificaciones de la ley electoral, a menos que fueran declarados inadmisibles. Los votantes podían traer consigo, a las urnas, las papeletas del partido, a veces ya marcadas y dobladas, o bien podían escoger una de entre los montones disponibles en la cámara secreta de los lugares de votación. Los votantes que recibían “gratificaciones” podían presumiblemente traer consigo más de una papeleta marcada y doblada y depositar aquella de su preferencia si querían obtener el dinero y favorecer igual a otra candidatura.

Pese a la falta de impedimentos para componer nuevas listas partidarias, surgieron pocos partidos nuevos en ese período. De hecho, el régimen electoral no era tan propicio a la creación de nuevas listas partidarias como podría esperarse. Los efectos proporcionales del voto acumulativo aumentaban con el número de cargos a llenar, pero en las elecciones senatoriales se escogía sólo a un senador por distrito (salvo en Santiago, donde se elegía a dos), lo cual significaba que el sistema se convirtió en tales casos en un sistema puro y simplemente mayoritario. En la Cámara baja, de 31 distritos sólo uno (Santiago) elegía 8 diputados, mientras que la mitad de ellos elegía a 3 y un cuarto a 2 o, en un único caso, a 1. Por ende,

los efectos proporcionales del voto acumulativo eran moderados. En los comicios para elegir a los electores presidenciales, el sistema tuvo escaso efecto porque los candidatos de los representantes minoritarios en el colegio electoral ni siquiera podían regatear con otros candidatos a cambio de sus votos cuando las elecciones eran reñidas, pues en estos casos la decisión final la tomaba una sesión conjunta del Congreso. Es en las elecciones municipales, en las que se elegían al menos cinco concejales por comuna, donde el cambio del sistema de votación se hizo sentir mayormente. Y, con todo, las evidentes ventajas de formar pactos partidarios significaba que durante este período, la mayoría de los partidos entraba en ellos antes de cada elección, incluso en el caso de las elecciones municipales. Los pactos daban a los dirigentes de los partidos una herramienta formidable para emplearla en contra de los disidentes que intentaban levantar una nueva etiqueta partidaria, porque al concentrar los votos de más de una organización partidaria en el o los candidatos del pacto, el candidato díscolo tenía escasas probabilidades de ser elegido.

Así y todo, el número de partidos aumentó de hecho, más allá de los cuatro originales, a través de una división de los liberales y la creación de nuevos partidos obreros. Los liberales se escindieron en dos grandes facciones, la de los que apoyaban y la de los que se oponían al anterior Presidente Balmaceda y su legado político de gobierno fuertemente presidencialista. Balmaceda, abatido por su derrota en la guerra civil, se suicidó; pero se convirtió rápidamente en objeto de veneración de un segmento importante de la opinión liberal, agrupado en lo que llegó a conocerse como el Partido Liberal Democrático. Organizado por un antiguo ministro de Balmaceda en 1891, el partido obtuvo un éxito significativo al elegir a seis senadores —el doble de los elegidos por el Partido Liberal— en las elecciones parlamentarias de 1894, las primeras en las que participó. Su iniciador murió en 1892, luego de lo cual el partido quedó bajo el liderazgo de Enrique Salvador Sanfuentes, quien era un antiguo ministro del gobierno de Balmaceda. Al retirarse de la política a fines del decenio de 1890, su hermano menor, Juan Luis Sanfuentes, se convirtió en el líder del partido. Una facción liberal menor, el Partido Liberal Doctrinario, tuvo a su vez alguna significación en algunos años electorales. Agrupaba a quienes seguían el linaje más genuino del liberalismo decimonónico, comenzando por aquellos que habían apoyado a la Constitución de 1828. Los liberales doctrinarios se oponían a Balmaceda, por lo cual se ciñeron habitualmente a la que era la corriente principal del Partido Liberal. Sin embargo, cuando este último hizo alianzas con los conservadores, reactivaron su identidad y su denominación autónomas y pactaron con los liberal democráticos y los radicales.

Durante casi tres décadas, después de 1894, la escisión de los liberales se convirtió en un factor que complicaba las cosas a la hora de formar alianzas electorales y parlamentarias. Los pactos para las elecciones presidenciales (y, generalmente, también para las otras) contaban con cuatro supuestos esenciales: primero, los conservadores y radicales nunca podían apoyar al mismo candidato. Por ello, constituían aún los “extremos” del sistema partidario.²⁰ Segundo, ningún partido era capaz de ganar la contienda presidencial por sí solo. Tercero, el Partido Conservador, a pesar de tener la misma o mayor fuerza electoral que cada uno de los dos principales partidos liberales (cerca del 22% de la votación en las elecciones a la Cámara baja entre 1894 y 1924),²¹ estaba sin embargo impedido de tener un candidato presidencial triunfante surgido de sus propias filas: un candidato semejante conseguiría tan sólo propiciar una combinación anticlerical más fuerte que ganaría la presidencia. Lo mismo valía para el Partido Radical: un candidato de sus filas abriría tan sólo la posibilidad de que un liberal formara un pacto victorioso con los conservadores. Y cuarto, ambos partidos liberales (o los tres en algunas elecciones) no podían acordar apoyar a un candidato único; así de fuertes eran la animosidad y las ambiciones personales creadas por su división. Esto llevó a los políticos liberales a buscar pactos, ya fuera con los radicales o los conservadores, para conformar el bloque fundamental (al cual adherían otros partidos) de una coalición electoral triunfante. Así, los radicales o los conservadores tenían una influencia considerable sobre los partidos liberales, pues el apoyo radical o conservador se convertía en un elemento clave para conseguir el nombramiento a la candidatura presidencial de dichos partidos.²²

De no haber sido por el quiebre entre los liberales, una escisión del tipo “fortuito” dentro de las escisiones generadoras de partidos que hemos mencionado previamente, la política del período hubiera sido bastante más simple. Dado el hecho de que los grupos liberales tenían un promedio del 36% de la votación entre 1894 y 1924, una alianza de todos los segmentos

²⁰ Es el término empleado por Manuel Rivas Vicuña en sus memorias, *Historia política y parlamentaria de Chile* (Santiago de Chile: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964), 3 tomos; ver por ejemplo, Tomo I, p. 163. Este libro es esencial para entender la política de ese período.

²¹ Esta cifra ha sido calculada a partir de los datos en Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1922)* (Santiago de Chile: Editorial Jurídica, 1992), pp. 342-347.

²² Estas “reglas” del juego en las elecciones presidenciales se basan en las agudas observaciones de Rivas Vicuña. Ver *op. cit.*, especialmente el Tomo 1, pp. 163-164; 167.

liberales con los radicales, que obtenían un promedio del 18% en el mismo período, hubiera generado gobiernos estables con mayorías parlamentarias.²³ Después de todo, liberales y radicales seguían compartiendo su postura anticlerical, desde una más atenuada a otra más firme; pero lo dicho no ocurría en la medida que los dos grandes grupos liberales, pese a que algunas de sus facciones convergían de manera ocasional (lo cual condujo entonces a candidaturas victoriosas), eran por lo general fieros oponentes electorales. De las seis contiendas presidenciales celebradas en este período, tres fueron tan reñidas en el colegio electoral que la decisión final hubo de ser tomada por un voto del Congreso; en dos de esas contiendas, cuando los partidos Liberal Democrático, Nacional y Radical y algunas facciones liberales de la corriente principal acordaron apoyar a un candidato único, éste obtuvo una mayoría clara; y en otro caso, ningún político pudo aglutinar en torno suyo a una coalición preelectoral con claras posibilidades de triunfo; a raíz de ello, los partidos acordaron al fin pedirle a Ramón Barros Luco (1910-1915), quien ya tenía 76 años de edad, que aceptara la presidencia como una solución de compromiso.²⁴

Bajo el liderazgo del mayor de los Sanfuentes, los liberal demócraticos fueron claramente “balmacedistas”, lo cual significaba que se oponían a la interpretación parlamentarista de la Constitución de 1833 que los oponentes de Balmaceda habían defendido, y que eran a la vez una fuerza anticlerical. En consecuencia, a partir de 1896 se convirtieron en el principal partido del pacto conocido como la Alianza Liberal (denominación que ya existía antes de 1891 como agrupación de las fuerzas anticlericales), aunque los radicales resultaron ser los miembros más consistentes de la Alianza Liberal a través de los años. La corriente primaria de los liberales pactó normalmente con los conservadores y en ocasiones con los nacionales y la llamada “Coalición” o “Unión Nacional”. La constante de la Coalición en este período fue la presencia de los conservadores, y los liberales que se convirtieron en sus candidatos presidenciales tenían que ser, de algún modo, aceptables para ellos. Tras el retiro de la política del mayor de los Sanfuentes, ocurrida a la vuelta del siglo, el Partido Liberal Democrático pareció estar menos comprometido con su legado balmacedista y pasó a guiarse ante todo por lo que mejor calzaba con las

²³ Los promedios de la votación liberal y radical se calculan a partir de los datos de Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 351-356; y 361-366.

²⁴ La lista de elecciones y del colegio electoral (y cuando es preciso, de las votaciones en el Congreso Pleno) aparecen en Germán Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 333.

ambiciones políticas del Sanfuentes más joven. Estaba abierto, pues, a los pactos no sólo con los radicales sino también con los conservadores. Juan Luis Sanfuentes se convirtió finalmente en Presidente (1915-1920) después de ingresar con su partido a la Coalición con los conservadores. En suma, la dinámica de las divisiones y coaliciones partidarias durante la mal llamada “República Parlamentaria” tuvo mucho que ver con las ambiciones personales de los dirigentes políticos, especialmente de los liberales de uno u otro signo.

Pese al término de la interferencia gubernamental en las elecciones, los principales partidos del período previo —a saber, todas las facciones liberales, los conservadores y los radicales— obtenían en promedio el 76% del total de votos en las elecciones a la Cámara baja entre 1894 y 1924. La cifra muestra que tales partidos habían generado ya identidades colectivas significativas y/o una gran capacidad de movilizar o encapsular al electorado antes de 1891. El predominio de tales partidos fue incluso mayor en las elecciones de 1894, 1897, 1900 y 1903, cuando obtuvieron en promedio el 85% del total de la votación para la Cámara de Diputados, que en las subsiguientes. Esta es una prueba significativa de que el sistema electoral anterior a 1891, pese a sus defectos, había generado una base sólida para la formación del sistema partidario chileno. El Partido Nacional, el cuarto en importancia durante el período anterior, se vio reducido a una proporción menor de la votación desde 1894 a 1906. Su desempeño fue mucho mejor entre 1906 y 1912, cuando sus candidatos obtuvieron un promedio de cerca del 15% de la votación. Cayeron a cerca del 3% de los votos a principios de los años veinte, luego de lo cual el partido desapareció.²⁵

Los partidos nuevos que se crearon en la época correspondieron a los que reflejaron la importancia creciente que iba adquiriendo el conflicto de clases en la sociedad chilena. La minería, la industria, la construcción y el transporte se desarrollaron todos fuertemente en las décadas posteriores a la Guerra del Pacífico. Los cambios en la fuerza laboral permitieron la formación de sindicatos, sociedades de ayuda mutua y otras organizaciones de los sectores populares y, como fruto de sus publicaciones y actividades, incluidas las huelgas, la “cuestión social” se convirtió en materia de considerable debate público.

El primer partido importante que surgió como expresión de las bases trabajadoras fue el Partido Demócrata. Fundado a fines de 1887, su líder inicial y más conocido fue Malaquías Concha, un abogado que abandonó el Partido Radical llevándose con él a una “sociedad” de trabajadores

²⁵ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 380-385.

(para utilizar el término de la época) llamada La Igualdad, con ciertos visos tenues de partido político.²⁶

El Partido Demócrata no tuvo éxito, al final, en su afán de convertirse en el polo de izquierda dentro del sistema partidario chileno. Ese fracaso explica en buena medida el hecho de que este partido no haya recibido la atención que merece de parte de los historiadores y los cientistas sociales. Siguiendo el ejemplo de Ramírez Necochea, que desestimó al partido en cuestión por considerarlo un instrumento de la “pequeña burguesía”, en especial los analistas de izquierda han dado muestras de los mayores prejuicios en su tratamiento del mismo.²⁷ Aun cuando llegó a ser un miembro correspondiente de la Internacional Socialista en 1903 y jugó un rol fundamental en organizar manifestaciones, sindicatos y huelgas entre los trabajadores, se lo descalifica por no haber tenido un perfil ideológico coherente, esto es, por no haber abrazado el marxismo.²⁸ El hecho de que Luis Emilio Recabarren, el obrero tipógrafo al que se considera el fundador del movimiento sindical chileno y del Partido Comunista, abandonara el Partido Demócrata sólo confirma esta imagen negativa del mismo. Recabarren creó el Partido Obrero Socialista en 1912 con un pequeño grupo de militantes sindicales y lo condujo a la Tercera Internacional en enero de 1922.

Malaquías Concha no era un líder de primera línea en el Partido Radical y La Igualdad no era, en ningún caso, un componente característico del partido. Por ello, no debe considerarse al Partido Demócrata pura y simplemente como una facción disidente del tronco radical, sino más bien como el primer partido nuevo que se creó en Chile desde mediados del siglo diecinueve. En tanto los demócratas eran también anticlericales en grado variable, discrepaban con el énfasis casi exclusivo que daban los radicales a las cuestiones Iglesia-Estado. La mayoría de sus militantes y líderes provenía de los sindicatos, las cooperativas, los centros culturales y las sociedades de ayuda mutua del sector obrero. Entre sus líderes, también había mujeres y contaba con ciertas organizaciones que agrupaban tan sólo

²⁶ El Partido Demócrata tuvo sus antecedentes en los clubes y sociedades artesanales de mediados del siglo, especialmente en la Sociedad de la Igualdad. Hubo también un periódico llamado *El Demócrata* publicado en Santiago en 1843.

²⁷ Véase en especial Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, Siglo XIX* (Santiago de Chile: Editorial Austral, 1956), pp. 202-210.

²⁸ Los primeros actos del Partido Demócrata fueron los de organizar manifestaciones contra las alzas de las tarifas del transporte público, lo cual llevó al arresto de sus líderes. Ver Ramírez Necochea, *op. cit.*, pp. 286-292.

a mujeres de clase obrera.²⁹ El partido eligió a los primeros parlamentarios de extracción obrera en 1903 (un abogado, Ángel Guarello, se convirtió en su primer diputado en 1896). Los demócratas abogaron consistentemente en favor de la legislación social, de salud, sanitaria y relacionada con las condiciones de trabajo, todo ello favorable a los trabajadores. Publicaron decenas de periódicos destinados a lectores de clase obrera, todos los cuales contenían artículos de opinión que a menudo lamentaban las penosas condiciones de vida y laborales de los trabajadores, así como la codicia y estrechez de miras de las clases altas.

Si bien el mejor resultado electoral obtenido a nivel nacional por el Partido Demócrata en elecciones a la Cámara baja fue cerca de un 8% en 1924,³⁰ este porcentaje relativamente menor encubre el hecho de que sus votantes se concentraban en las áreas mineras y de las clases trabajadoras urbanas, con escasa presencia en el Chile rural (especialmente en la zona central). En 1897, el partido presentó candidatos al Congreso por primera vez, logrando el 17% de los votos en Santiago. Los mejores resultados fueron en Valparaíso, Concepción y Santiago, donde en algunas elecciones parciales obtuvo sobre el 40 % de los votos —con la ayuda de pactos electorales—.³¹ La concentración del voto demócrata lo convirtió en un socio atractivo para los pactos electorales y, aunque repetidas veces se sumó a ellos, estos provocaron siempre agudos debates y disensiones dentro del partido. Los demócratas entregaban su apoyo a otros partidos en distritos donde ellos mismos eran poco fuertes, a cambio del apoyo de los segundos a sus candidatos en los distritos en que su electorado era una fuerza relevante. Si los pactos hubieran estado prohibidos por la ley electoral, probablemente el partido hubiese elegido de todos modos a muchos de

²⁹ El *Diccionario biográfico obrero de Chile* (Santiago de Chile: Imprenta y Cuadernación Bellavista, 1912), de Osvaldo López, contiene biografías de un buen número de dirigentes demócratas, sindicales y políticos, incluyendo a mujeres. A modo de ejemplo, véase la biografía de Rudecinda de Alarcón, una costurera de sólo 14 años que creó una sociedad de ayuda mutua (la Sociedad Unión y Ahorro de Señoritas) para las mujeres empleadas en el comercio minorista y como costureras. En 1906 creó la Combinación de Señoras de Tocopilla, que volvió a crear con otro nombre en 1907, luego de que fuera prohibida por las autoridades. También fundó una escuela de comercio para niñas, ese mismo año. Cuando su esposo, un líder del Partido Demócrata que llegó a congresista de Antofagasta, Taltal y Tocopilla en 1909, se vio obligado a huir de Tocopilla por sus actividades políticas, fue ella quien asumió la presidencia de la organización partidaria a nivel local.

³⁰ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 369.

³¹ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 371.

sus congresistas y concejales municipales en los distritos donde era fuerte, asumiendo que el sistema partidario siguiera siendo tan plural como lo era. Aún así, dada la existencia de los pactos, los demócratas tenían pocas expectativas de ganar sin entrar en un pacto con otros partidos. Para las contiendas presidenciales, puesto que eran siempre tan reñidas, en muchas ocasiones se consideraba “decisivos” a los votos demócratas, aunque fueran relativamente pocos.³²

El Partido Demócrata, entonces en su primera infancia, había apoyado al gobierno de Balmaceda hasta su muerte, lo cual constituía una fuente de afinidad relevante con los liberal democráticos. Después de todo, ambos grupos pelearon del mismo lado en la sangrienta guerra fratricida de 1891 y ambos sufrieron la persecución a los partidarios de Balmaceda que siguió varios años después de que ella hubo concluido. Por ende, muchos de los pactos electorales fueron con los liberal democráticos. Dadas las posiciones habitualmente anticlericales del partido, no debe sorprendernos que los radicales fueran el otro partido fundamental con el que pactaron. En el Congreso, los representantes del Partido Demócrata fueron ocasionalmente decisivos en ganar o perder votos de censura contra los gabinetes o ciertos ministerios específicos.

Un enigma clave es el de por qué los demócratas fueron incapaces de conseguir una proporción incluso mayor de los votos, dada la importancia creciente de las cuestiones relacionadas con las divisiones de clase y la posibilidad de emplear a las organizaciones del movimiento sindical emergente como base de apoyo electoral. Parte de la respuesta reside en el hecho de que el Partido Demócrata fue un añadido tardío dentro de un sistema multipartidario en el cual muchos mineros, artesanos y obreros tenían ya una dilatada experiencia de participación electoral. El electorado decimonónico chileno, aun cuando era reducido, incluía un porcentaje desproporcionado de grupos urbanos de clase baja, incluso en el período previo a 1874, cuando la ciudadanía estaba constitucionalmente restringida a quienes tenían cierto ingreso, propiedades o capital en giro.³³ La movilización previa de este electorado en un período de décadas debió generar hábitos y lealtades que no desaparecerían de la noche a la mañana. Si el sufragio hubiera excluido por completo a los artesanos y obreros hasta antes de la década de 1890 y si el Partido Demócrata hubiera quedado en

³² Manuel Rivas Vicuña emplea el término en alusión tanto a los votos radicales como demócratas; ver *op. cit.*, Tomo I, p. 167.

³³ Este punto se halla extensamente elaborado en J. S. Valenzuela, *Democratización vía reforma*, *op. cit.*, capítulos 2 y 3.

posición de liderar la lucha por el sufragio universal, como ocurrió generalmente con los partidos obreros europeos, el partido hubiera tenido una mayor posibilidad de captar una tajada más grande del voto de clase obrera. Tal y como fue en realidad, los demócratas, hubieron de competir con los liberal democráticos, los radicales e incluso los conservadores por ese voto.³⁴ Aparte de la capital, donde todos los partidos encontraban apoyo, los demócratas elegían representantes parlamentarios en las ciudades del norte, de la zona central y austral (esto es, Iquique, Antofagasta, Valparaíso, Concepción, Lota-Coronel, Angol, Temuco y Valdivia), áreas en las que también los liberal democráticos y los radicales eran fuertes.³⁵ Al final, fue más fácil hacer pactos electorales con esos partidos, pero aunque era políticamente conveniente, esto tenía la gran desventaja de focalizar una vez más los mensajes electorales dirigidos al electorado de clase obrera —especialmente donde los demócratas estaban obligados a apoyar a los restantes partidos— en las cuestiones anticlericales ante todo, ya que servían de aditivo programático a las alianzas. En esas circunstancias, los demócratas no podían centrarse tanto como hubieran querido en las demandas de la clase obrera. Además, puesto que el partido no podía captar la parte del león dentro de la votación obrera, tampoco podía obtener, como fue el caso de los socialistas y los partidos obreros en la Europa septentrional de la época, los votos de intelectuales y de otros sectores de clase media e incluso de clase alta de inclinaciones progresistas y pro sindicales. Los partidos liberales y de manera creciente el Partido Radical captaban una mayor parte de ese voto. Finalmente, los conservadores obtenían los votos de los católicos activos, por lo cual eran el sector más fuerte en la zona central del país, al norte y sur de Santiago —el área en que la Iglesia tenía su mejor implantación puesto que había sido durante casi tres siglos el núcleo del Chile colonial— y en las áreas del Sur en que los católicos de origen alemán se establecieron a mediados del siglo diecinueve.³⁶ Los electores predispuestos por su catolicismo a emitir sus votos

³⁴ Millar, *op. cit.*, pp. 148-151, ejemplifica este punto con una descripción del absoluto fracaso de la campaña presidencial de Luis Emilio Recabarren en 1920. No obtuvo virtualmente ningún voto en las áreas donde el Partido Obrero Socialista estaba bien organizado y donde los sindicatos tenían una presencia considerable. Los trabajadores en su esfera de influencia votaron por Alessandri, el candidato de la Alianza Liberal.

³⁵ Ver Germán Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 357.

³⁶ Ver Millar, *op. cit.*, p. 211, para una referencia a los efectos del catolicismo germano inmigrante en la votación obtenida por los candidatos conservadores. Y Ricardo Cruz Coke, *Geografía electoral de Chile* (Santiago de Chile:

en favor del Partido Conservador a lo largo del país, incluso los de clase trabajadora, daban impulso a su vez al voto anticlerical y, fruto de esta influencia de la religión en el comportamiento electoral, el voto determinado por el origen de clase no era en ningún caso tan significativo como harían pensar las habituales imágenes de la política chilena, con sus divisiones de derecha a izquierda. Una vez más, este factor redujo las posibilidades de cualquier nuevo partido que invocara ante todo los intereses de la clase trabajadora y exigiera una mayor igualdad social.

El relativo fracaso electoral del Partido Demócrata no fue fruto del reducido tamaño del electorado, que era un 6 a 8% de la población total del país. La “República Parlamentaria” ha sido habitualmente descrita en la historiografía chilena como una forma de gobierno de la “oligarquía”.³⁷ En este enfoque simplista, ni siquiera las “clases medias” podían participar efectivamente en política. El hecho de que la ley estipulara explícitamente el alfabetismo como una condición de la ciudadanía ha conducido al supuesto de que cualquier partido que buscara apoyarse en los sectores populares hubiera estado condenado al fracaso, puesto que tales sectores estaban presumiblemente subrepresentados, en términos gruesos, dentro del electorado.

Si el requerimiento de la alfabetización socavaba gravemente el potencial electoral de los partidos chilenos de clase obrera, ¿por qué fue que los líderes del Partido Demócrata, o de otros partidos de izquierda que se formaron luego, y del movimiento sindical no presionaron nunca por la eliminación del requisito de alfabetización para ejercer el derecho al voto? La respuesta es que percibían ese requisito más como una ventaja y no como un impedimento para su suerte electoral, y pensaban que el electorado se componía ya entonces de una mayoría de clase trabajadora.³⁸ Las

Editorial del Pacífico, 1952), pp. 99-101, para una primera aproximación al nexo entre el voto conservador y el catolicismo. Con todo, ambos autores obvian la mención del factor religioso al analizar la votación de los trabajadores rurales y los campesinos. Tan sólo enfatizan que dichos votantes estaban coercionados por los dueños de tierras para votar por los conservadores o los liberales. Es sorprendente que no se considere a la religión como un factor que explique el comportamiento electoral de las clases bajas rurales.

³⁷ El último en recurrir a esta caracterización comúnmente aceptada es Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, parte 2.

³⁸ En un artículo escrito el 14 de mayo de 1920, Luis Emilio Recabarren, el líder de la Federación Sindical Chilena y líder del eventual Partido Comunista, estimaba que el 60% del electorado se componía de miembros de la Federación Sindical o bien de individuos influidos en algún grado por ella. Como bien lo demuestra este revelador comentario, Recabarren no creía que las dimensiones del

organizaciones tempranas del movimiento sindical y de la izquierda presionaban por más educación primaria y hacían esfuerzos considerables para organizar la enseñanza adulta. El analfabetismo entre los varones mayores de 15 años cayó rápidamente de alrededor de dos tercios a cerca de un tercio entre las décadas de 1880 y 1930, cifras que representaban un avance tal que desmienten las imágenes habituales de “inmovilismo” durante este período “oligárquico”. Los mensajes políticos de la izquierda y el movimiento sindical eran transmitidos principalmente a través de miles de páginas de periódicos, boletines y panfletos. Los dirigentes obreros eran parte de una subcultura alfabetizada y militante y probablemente consideraban la alfabetización en progreso como un factor que operaba a su favor. Por ende, tenían incluso razón para temer los efectos que podrían derivarse de la extensión del derecho a voto a los iletrados que estaban fuera del alcance de sus mensajes impresos. Es, por cierto, muy probable que la ampliación del sufragio a los iletrados hubiera incrementado el número de electores bajo el influjo de los terratenientes, empleadores y otros notables locales. Además, el mecanismo del voto acumulativo era muy complicado y el votar en sí era un acto de partidismo en el que muchos ciudadanos potenciales preferían sencillamente no participar. Por ejemplo, para la elección presidencial de 1920, entre el 20 y el 25% de los votantes facultados para ello (varones adultos alfabetizados) no se había molestado en inscribirse para votar; y de los que sí lo habían hecho, tan sólo un 50% se presentó a las urnas tras una campaña muy reñida que dio el triunfo a Arturo Alessandri, por el más estrecho margen que quepa imaginar.³⁹

La más clara demostración de que las cifras reducidas de votantes no eran la razón de la relativa falta de éxito electoral de un partido a la izquierda a principios del siglo veinte se halla en los resultados de las elecciones presidenciales de 1925. En ellas, el candidato de una coalición izquierdista que incluía a todos sus segmentos, José Santos Salas, obtuvo el 28% de los votos, contra un candidato apoyado por todos los partidos tradicionales, desde los conservadores a los radicales.⁴⁰ Adicionalmente,

electorado fuesen un impedimento para la formación de partidos que invocaran los intereses de la clase trabajadora. Véase el artículo en Ximena Cruzat y Eduardo Deves, comps., *Recabarren: Escritos de prensa*. Vol. 4: 1919-1929 (Santiago de Chile: Terranova Editores, 1987), p. 128.

³⁹ Estas cifras son estimaciones basadas en los datos de Millar Carvacho, *op. cit.*, apéndice cuadro N° 1. La elección de 1920 es analizada de manera muy simplista en la historiografía chilena como aquella en que se puso de manifiesto “el ascenso de las capas medias” y que constituiría, en cuanto tal, un punto de inflexión de la política anterior dominada por la “oligarquía”.

⁴⁰ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 430.

una extraña coalición de demócratas y comunistas (entonces bajo un liderazgo moderado, antes de la “bolchevización” del partido impuesta por la Internacional Comunista) obtuvo el 22% de la votación nacional en las elecciones parlamentarias de 1925. Tales proporciones son comparables en términos gruesos a la porción de la izquierda chilena dentro de la votación durante las décadas que van desde fines de 1930 al presente. Las cifras de votantes reales en la contienda de 1925 (cerca de 260.000) no representaban una proporción mayor de la población total que en las elecciones desde mediados de la década de 1890. Lo que había cambiado, sin embargo, no era sólo que el espectro de la fuerza sindical organizada hubiera alcanzado su punto culminante, sino también que el Partido Liberal Democrático hubiera desaparecido y que su electorado no se volviera al entonces recién unificado Partido Liberal. Desarrollaremos este punto más adelante.

Otra dimensión del fracaso del Partido Demócrata fue su incapacidad para mantenerse como el principal partido de los dirigentes sindicales. El partido (o partidos) de izquierda de cualquier país debe tener, si espera tener éxito como tal, fuertes lazos con el liderazgo sindical. Si los demócratas hubieran sido capaces de seguir desarrollando los vínculos que tenían con las sociedades de ayuda mutua, los sindicatos y otras organizaciones de trabajadores a la vuelta del siglo, hubieran podido resistir el crecimiento del anarco-sindicalismo y del Partido Socialista Obrero-Comunista, y hubieran podido emplear los recursos del movimiento sindical para sacar mayores ventajas electorales de la disolución del Partido Liberal Democrático a mediados de los años veinte. Sin embargo, de una postura de fuerza a principios de la década inaugural del siglo, los demócratas pasaron a constituir una fuerza minoritaria en el sindicalismo de mediados de los años veinte. Cuando un delegado del Partido Socialista Obrero-Comunista propuso a un congreso celebrado en 1922 de la principal federación sindical de la época, la Federación Obrera de Chile, que ésta cortara todos los nexos con el Partido Demócrata dadas sus tendencias “reformistas”, la moción fue aprobada por 77 votos a 33. Los delegados del Partido Demócrata abandonaron la sesión en señal de protesta por esa resolución y nunca más volvieron.⁴¹

La incapacidad de los demócratas para convertirse en una fuerza hegemónica dentro del movimiento sindical antes de 1920 puede explicarse al examinar el contexto en que se desarrollaron las organizaciones

⁴¹ Ver Manuel Barría, “Los movimientos sociales en Chile desde 1910 hasta 1920 (Aspecto político-social)”, Memoria de Prueba, Universidad de Chile, 1960, p. 145.

sindicales. Éste incluía una singular incongruencia entre represión social y libertad política.⁴² Las demandas formuladas en el lugar de trabajo por los trabajadores y sus dirigentes eran tratadas con dureza, pero al mismo tiempo, dada la política electoral competitiva de la nación y dado el marco constitucional liberal democrático, los líderes sindicales gozaban de la necesaria libertad para organizarse políticamente, para establecer pactos electorales, para publicar sus diarios y boletines, para convocar sus mítines políticos y para manifestarse. Era, de manera no intencional, el mejor escenario para el florecimiento de líderes sindicales con posiciones extremistas. Podían valerse de la libertad política existente para difundir la noción de que un sistema capitalista nunca llegaría a satisfacer las reivindicaciones de los trabajadores, al propio tiempo que esta interpretación tenía un aura de credibilidad en vista de la represión a que se veían enfrentados los trabajadores cuando intentaban organizar alguna acción colectiva para exigir soluciones a sus problemas concretos. Por contraste, los dirigentes más moderados no podían retener posiciones de liderazgo sindical, dada la oposición —con ayuda estatal— del empleador a la sindicalización a nivel de la fábrica y a la negociación colectiva, ni podían tampoco ofrecer una interpretación convincente y sencilla de dicha intransigencia. Tras la represión particularmente sangrienta de la huelga del salitre de 1907, en el patio de la escuela Santa María en Iquique, huelga encabezada por dirigentes demócratas y anarco-sindicalistas, hubo una oleada a nivel nacional de clausura forzosa de las organizaciones sindicales que afectó a ambos grupos. Esto contribuyó a diezmar al movimiento sindical. Cuando sus organizaciones comenzaron a recuperarse, derivaron rápidamente a un liderazgo más extremista que el de los demócratas. Para 1920, los dirigentes sindicales estaban más bien ligados al Partido Socialista Obrero o al anarco-sindicalismo. Cuando el general Carlos Ibáñez del Campo asumió de forma irregular la presidencia en 1927 y comenzó a reprimir a los dirigentes comunistas, anarco-sindicalistas y trotskistas, los líderes demócratas cometieron la fatal equivocación de querer sacar ventajas del vacío producido y se asociaron con el nuevo régimen. Al caer Ibáñez después de una ola de manifestaciones en 1931, los dirigentes sindicales que habían unido su suerte a la de su régimen quedaron políticamente en una situación muy precaria. En consecuencia, el Partido Demócrata casi desapareció como una fuerza, con este rótulo, en lo que era la organización del movimiento

⁴² Este argumento se desarrolla en J. Samuel Valenzuela, “Labor Movement Formation”, *op. cit.*, capítulo 7.

sindical una vez que éste comenzó a reagruparse a fines de 1931. Los comunistas y socialistas habrían de asegurarse posteriormente la lealtad de la mayoría de los dirigentes sindicales.

Con la gran diversidad de grupos y posturas existentes, a fines de la “República Parlamentaria” el sistema partidario era muy cambiante. Así y todo, era muy claro que incluía un nuevo polo izquierdista cuya base social era una red bastante extensa de sindicatos y otras organizaciones laborales (de profesores y de estudiantes), aun cuando no estuviera muy claro qué partido o partidos específicos habrían de perfilarse como los principales dentro de esa fuerza. La formación del Partido Comunista brindó a una parte de la izquierda un modelo, el de la Unión Soviética, y un anclaje ideológico en el marxismo. Pero el sistema de partidos cambió más drásticamente y más aceleradamente de lo que cabía esperar debido al colapso de la “República Parlamentaria” y a los cambios constitucionales y electorales que sobrevinieron entonces.

El sistema partidario desde la ratificación de la Constitución de 1925 a las elecciones presidenciales de 1958

Las presiones militares obligaron al Presidente Arturo Alessandri a abandonar el país en septiembre de 1924, pero otra Junta Militar que tomó el poder en enero de 1925 le solicitó al Presidente que volviera. Éste regresó con la propuesta de redactar una nueva Constitución, la cual fue ratificada ese mismo año en un plebiscito, luego de que la redactara un comité a esos efectos. Alessandri dejó el poder a un sucesor electo, Emiliano Figueroa, quien fue apoyado por todos los partidos fundamentales salvo por los demócratas y los comunistas; como dijéramos antes, estas dos fuerzas se aglutinaron alrededor de José Santos Salas, conocido impulsor de la legislación social, quien obtuvo sobre un cuarto de la votación.

A ello siguieron años de gran anormalidad política. Figueroa se vio obligado a renunciar por la presencia dominante del coronel Carlos Ibáñez, quien se presentó como candidato único en un plebiscito para ocupar el cargo vacante. El gobierno de Ibáñez fue de signo dictatorial; los partidos de izquierda y el movimiento sindical (salvo algunos segmentos del Partido Demócrata) fueron reprimidos y el resto hubo de someter sus candidaturas al Congreso para la aprobación de Ibáñez. Líderes políticos importantes de todos los partidos fundamentales hubieron de exiliarse. Después de la renuncia de Ibáñez en julio de 1931, Juan Esteban Montero fue elegido Presidente, siendo el primer miembro del Partido Radical en ocu-

par ese cargo. En medio de una crisis profunda, incluida una recesión económica de grandes proporciones y un amotinamiento de sectores izquierdistas de la marinería, la breve estancia de Montero en La Moneda no fue muy feliz. Fue depuesto el 4 de junio de 1932 por un movimiento cívico-militar de izquierda que proclamó una “República Socialista”. Un golpe organizado doce días después por uno de los miembros originales del movimiento eliminó al sector izquierdista dentro del gobierno, incluyendo a Marmaduke Grove, un oficial de la fuerza aérea y su líder más visible. Las nuevas autoridades dejaron el poder al cabo de tres meses y el país volvió a elegir a su Presidente a través de elecciones. Arturo Alessandri ganó la contienda y, con su asunción del mando, Chile volvió a la senda de los gobiernos constitucionales elegidos con regularidad hasta el 11 de septiembre de 1973.

Este turbulento período de siete años retrasó, probablemente, algunos cambios fundamentales en la composición y la dinámica del sistema de partidos existente desde 1925. Dos reformas constitucionales fueron muy relevantes en la ocurrencia de tales cambios: la vuelta a un régimen plenamente presidencialista y la separación de la Iglesia y el Estado. Un efecto significativo de la primera de tales reformas fue la desaparición del Partido Liberal Democrático, dado que esa era la exigencia programática fundamental del partido desde sus orígenes. Los liberal democráticos se vieron también afectados por el hecho de que el gobierno de Balmaceda se había convertido para entonces en un recuerdo difuso, y que Juan Luis Sanfuentes había ya cumplido con sus ambiciones políticas. Por ende, la ocasión estaba madura para alcanzar la unidad de todos los liberales y lo que quedaba de los nacionales dentro de un partido único, pero esa tarea, teniendo en cuenta los años de inestabilidad y dictadura que condujeron a tantos líderes liberales a adoptar distintas posturas, se consiguió tan sólo en octubre de 1933, luego de la segunda elección de Arturo Alessandri a la presidencia y la vuelta a un gobierno constitucional normal. La segunda reforma, al eliminar muchos de los factores que alimentaban el conflicto clerical/anticlerical, ayudó a despejar el camino para que las diferencias en torno a las políticas socioeconómicas se convirtieran en el eje sobresaliente dentro del sistema partidario. Con el ascenso de los partidos Comunista y Socialista en la izquierda y la prevalencia de las nociones liberal-capitalistas en la derecha, el reformulado sistema multipartidista chileno recorría todo el espectro ideológico a lo largo de este eje de conflicto. Sin embargo, la dimensión clerical/anticlerical no desapareció por completo como una característica definitoria de los partidos y un factor explicativo de sus proclividades a la hora de formar coaliciones. No es posible entender el

sistema partidario ulterior a la década de 1920 sin considerar el impacto persistente de esta dimensión.

Un tercer cambio, un nuevo régimen electoral, afectó a su vez a la composición del sistema partidario. Ello ocurrió al ser abolido el colegio electoral para las elecciones presidenciales, dejando la elección de los mandatarios directamente en manos del electorado. En caso de que los candidatos obtuvieran sólo mayoría simple, una sesión conjunta del Congreso debía elegir entre los candidatos que llegaban en primer y segundo lugar; en lo sucesivo, en todas esas situaciones, una mayoría de los legisladores votó en favor del candidato mejor situado. Para las elecciones senatoriales, de la Cámara baja y municipales, el voto acumulativo fue reemplazado por un método D'Hondt modificado de representación proporcional, que renovó los distritos electorales plurinominales. Tales cambios aumentaron sustancialmente los incentivos para la formación de nuevos partidos y las escisiones partidarias, ya que la nueva ley electoral no les anteponía ninguna barrera. Bastaba con inscribir una denominación partidaria con una lista de candidatos o una lista independiente de candidatos en la Dirección del Registro Electoral, dentro de los plazos especificados por la ley.⁴³ Los sindicatos, las asociaciones profesionales, algunos mapuches, los pensionados y las agrupaciones femeninas se organizaron todos con sus respectivas denominaciones y presentaron candidatos, generalmente sin mucho éxito. En las elecciones parlamentarias, entre las nuevas formaciones y las astillas que quedaban de partidos preexistentes, había fácilmente entre 10 y 25 partidos distintos, al igual que algunas listas “independientes” que en ocasiones servían como disfraz para los partidos. Esta fue una táctica utilizada especialmente por los comunistas en la década de los treinta, que también recurrieron al procedimiento de cambiar de etiqueta partidaria con fines electorales. Los partidos podían formar a su vez pactos, incluso pactos separados por región, de modo que los candidatos de un partido podían aparecer en otra lista en algunos distritos electorales, en tanto que en otros ocurría a la inversa. Esta última era una estrategia a la que recurrían los partidos deseosos de ampliar su llegada por la vía de incluir en su lista a candidatos vistosos, ya fueran independientes o de otros partidos o movimientos, o los partidos pequeños que buscaban refor-

⁴³ Para una caracterización de la aplicación del sistema D'Hondt en Chile y de los procedimientos de inscripción de partidos y candidatos, ver Federico Gil, *The Political System of Chile* (Boston: Houghton Mifflin Company, 1966), pp. 218-220. Este libro sigue siendo, casi treinta años después de su publicación, una valiosa descripción analítica de la política y la sociedad chilenas.

zar su votación en distritos en que eran relativamente fuertes pero no lo suficiente para ganar. Fruto de ello, las 10 a 25 etiquetas partidarias podían tener más de 100 listas de candidatos a lo largo de todo el país, incluyendo aquellas de los partidos nacionales conocidos, los híbridos surgidos de pactos partidarios (nacionales, regionales o locales), las listas presentadas por grupos nuevos que pretendían constituir un partido, y listas organizadas por sindicatos, asociaciones y movimientos de varios tipos. En las elecciones parlamentarias de 1937, por ejemplo, hubo un total de 143 listas de candidatos, no todos los cuales competían en cada distrito, por cierto.⁴⁴ Al aplicarse el sistema D'Hondt, los pactos tuvieron el efecto de favorecer el fraccionamiento partidario, a diferencia de lo que sucedía con el voto acumulativo. Era fácil que los votantes apenas alfabetizados y los mal informados se confundieran antes de entrar en la cámara secreta, donde se suponía que estaban disponibles las listas de candidatos, cada una en papeletas separadas. Así, a menudo ocurría que los votantes optaban por acudir a las urnas con la papeleta de su preferencia en el bolsillo; esta práctica no era, entonces, fruto únicamente de los activistas partidarios que “obligaban” a su clientela política o sus subordinados a votar de una determinada manera, como han hecho notar los analistas de forma algo exagerada. Muchas de las divisiones partidarias y los pactos locales ocurrieron porque las ambiciones políticas personales adquirían prioridad sobre los intereses partidistas, porque determinados segmentos del partido estaban en desacuerdo con apoyar u oponerse al gobierno, o porque no había consenso respecto de los partidos con los cuales cabía forjar pactos o respecto de cuál candidato presidencial apoyar. Sin embargo, los principales partidos (incluyendo entre ellos la suma de los votos de sus escisiones) obtenían, habitualmente, cuando menos un 75% de la votación total en las elecciones parlamentarias. Ello ocurrió incluso en 1953, año en que todos bajaron su votación.⁴⁵

Analizar todas las denominaciones partidarias que competían en las elecciones de este período es imposible. Los párrafos subsecuentes revisan los grupos fundamentales y algunas de sus escisiones partidarias.

⁴⁴ Ver Dirección General de Estadísticas, *Estadística chilena*, Tomo X, 12 (diciembre 1937), p. 856.

⁴⁵ Véase Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 565, para los resultados completos de las elecciones de 1953 a la Cámara baja, los que representaron un descenso para los partidos fundamentales en virtud del éxito que ese año tuvieron los llamados de Ibáñez al electorado a darle la mayoría en el Congreso. Ibáñez había sido elegido Presidente en 1952.

Los principales partidos

Habiendo surgido como un derivado de la problemática Iglesia-Estado, los ya para entonces históricos partidos Radical, Liberal y Conservador hubieron de redefinirse ateniéndose al ahora sobresaliente eje socioeconómico. Este proceso había comenzado ya al despuntar el siglo, pero fue sólo tras la separación de la Iglesia del Estado en 1925 que se hizo sentir su impacto pleno, especialmente para los conservadores y los liberales.

Los radicales fueron los más rápidos en añadir una dimensión social a sus posturas y mensajes programáticos. Sus alianzas electorales durante el período “parlamentario” con los partidos Demócrata y Socialista Obrero hacían que se les asociara más claramente con la marea creciente de las demandas laborales. Un Presidente radical, Valentín Letelier, exigió urgentemente y con éxito al Congreso Radical de 1906 que adoptara un programa social y abandonara el liberalismo de corte *laissez faire*. Aludiendo al destino de los partidos liberales de la época en la Europa septentrional, Letelier argüía que “los partidos que no tengan en cuenta las necesidades sociales de la fuerza laboral asalariada” están condenados a experimentar una “rápida decadencia”.⁴⁶ La nueva retórica de los radicales les permitió ganar adherentes especialmente entre las categorías en rápido aumento y crecientemente organizadas de los empleados de cuello blanco y los profesores de orientación laica, tanto en el sector público como el privado.⁴⁷ Muchos de ellos, especialmente los profesores fiscales de colegios básicos y secundarios, eran también anticlericales. Aunque las asociaciones de cuello blanco y de profesores colaboraban a menudo con el movimiento sindical en un sentido amplio, la calificación profesional de sus miembros les daba una identidad colectiva propia que facilitaba su vinculación a un partido distinto a aquellos cuyos miembros más característicos y cuyos líderes eran obreros, mineros y artesanos, como era el caso del Partido Demócrata y el Partido Socialista Obrero. El voto radical en las elecciones a la Cámara baja había subido de un 12% en 1906 a cerca de un 20% en 1912, lo cual probablemente confirmó el atractivo electoral de su

⁴⁶ Citado por Francisco Hinojosa Robles, *El libro de oro de los empleados particulares. Génesis de su movimiento gremial y de su legislación social* (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1966), p. 38.

⁴⁷ Por ejemplo, véase Hinojosa Robles, *op. cit.* Hinojosa Robles fue el miembro del Partido Radical que dio inicio en Chile a las asociaciones de empleados particulares. El libro citado contiene sus memorias.

postura renovada. Dados los nexos tan cercanos que el partido desarrolló con las asociaciones de cuello blanco, adquirió la imagen, que habría de resultar muy duradera, de ser un partido de la “clase media”. Ello se acompañaba de la percepción de que los radicales se habían convertido en la fuerza “centrista” fundamental dentro del eje ahora sobresaliente de las cuestiones socioeconómicas, además de ser el principal partido anticlerical. Sin embargo, contrariando la tendencia simplista y bien conocida a reducir la política partidista chilena a las diferencias de clase, los radicales no sólo obtenían votos de la clase media, y los electores de clase media no eran todos radicales; la base electoral del partido seguía incluyendo a votantes de todos los grupos socio-económicos, obteniendo, de acuerdo al patrón establecido previamente, la mayor cantidad de votos en el Norte, el Centro-Sur (incluyendo las áreas rurales) y el Sur. El voto radical promedio en las elecciones a la Cámara baja desde 1932 a 1957 fue de un 20,3%, porcentaje de una estabilidad notable a partir de 1912.⁴⁸ Ello convirtió al partido en la fuerza más votada, por estrecho margen, de este período.

La nueva preeminencia de las cuestiones socioeconómicas dentro del sistema partidario fue en detrimento del apoyo electoral a los liberales. La votación total en las elecciones a la Cámara baja para todos los partidos liberales decayó en el período “parlamentario” de un 44% entre 1894 y 1903 a un 28% en 1924. En 1932, los partidos liberales en conjunto obtuvieron sólo el 18,6%, mientras que el voto para el Partido Liberal unificado en las elecciones a la Cámara baja habidas entre 1937 y 1957 fue de un 16,1%, lo cual es menor que la mitad de la votación promedio de todos los partidos liberales en el período 1894-1924.⁴⁹ El drenaje fundamental de votos ocurrió por la caída precipitada del apoyo a los liberal democráticos que se inició a mediados de los años veinte; en 1932, los restos del partido obtuvieron tan sólo el 0,5% de la votación nacional.⁵⁰ El electorado liberal democrático, a diferencia de sus dirigentes, no se volcó a apoyar a otros partidos liberales en los años veinte ni al Partido Liberal unificado en los años treinta. Los liberal democráticos habían conseguido buena parte de sus votos con proclamas populistas y anticlericales y, dado

⁴⁸ Estos promedios se calculan a partir de cifras contenidas en Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 482, 575-577.

⁴⁹ La votación promedio entre 1937 y 1957 se calcula a partir de las cifras de la Dirección del Registro Electoral en Chile, Oficina de Informaciones, “Estadísticas electorales 1925-1967”, *Boletín de información general*, N° 47 (diciembre 1968). Las cifras de la votación liberal total en años previos está tomada de Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 351-356.

⁵⁰ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 482.

el simultáneo aumento del voto de izquierda a mediados de los años veinte, una posible explicación de la mengua liberal es que muchos votantes de los sectores populares y/o los sectores más anticlericales, que antes los apoyaban, optaron por los partidos de izquierda.⁵¹ Despojados de este segmento del electorado que se definía como liberal, los liberales pasaron de ser una fuerza de centro en el eje clerical/anticlerical entre radicales y conservadores a ser el polo derechista del sistema partidario reformulado en torno a la primacía de las cuestiones socioeconómicas. Manuel Rivas Vicuña, el agudo analista liberal de la política chilena de principios de este siglo, desesperaba ante esta transformación. En su diario del 27 de mayo de 1934, escribió que, en un almuerzo con algunos amigos, “critico la situación de partido de extrema derecha que se ha dado al liberalismo y anoto que no tiene elementos populares ni femeninos, circunstancias todas que le llevan a perder su influencia y su carácter de lubricante entre los extremos de izquierda y derecha”.⁵²

El Partido Conservador se vio también afectado por la reestructuración del sistema partidario en función de la dimensión socioeconómica. No hay dudas de que el partido era el polo de “derecha” (esto es, conservador) de la dimensión clerical/anticlerical, pero resulta muy simplista definirlo automáticamente, como lo han hecho virtualmente todos los analistas de la política chilena, como el polo netamente de “derecha” en el eje socioeconómico.⁵³ En tanto era un partido vinculado a la Iglesia, sus líderes, sus militantes e incluso sus votantes —al igual que los círculos sociales con los que se los asociaba— estaban compuestos en grado significativo por católicos comprometidos. Tenían contactos frecuentes con el clero y educaban a sus hijos principalmente en instituciones administradas por la Iglesia. Dadas estas características, los conservadores formaban una subcultura a la par que un partido político, la cual incluía a gente de todos los niveles socioeconómicos, pese al hecho de que, dado el legado colonial

⁵¹ No cabe explicar la caída en los porcentajes de voto liberal por un aumento del número de votantes. En 1912, cuando todos los liberales juntos obtenían el 44% de la votación, había 295.000 votantes; en 1924, obtuvieron el 28% de los votos emitidos por sólo 256.000 electores. En 1932, al obtener el 18,6%, el electorado había aumentado a sólo 327.000 individuos. Las cifras del total de votantes aparecen en Ricardo Cruz Coke, *op. cit.*, p. 12.

⁵² Rivas Vicuña, *op. cit.*, Tomo 3, p. 679. Naturalmente, su referencia a la izquierda y la derecha aludía ante todo a la oposición entre radicales y conservadores.

⁵³ Los representantes del Partido Conservador seguían sentándose en el extremo derecho de ambas cámaras parlamentarias, contribuyendo a su imagen de un partido derechista.

católico de Chile, el liderazgo de esa subcultura y del partido incluía a miembros de algunas de las familias más rancias y acaudaladas del país. El partido obtenía votos y elegía congresistas en todas las regiones, pero la proporción más alta de sus votos la recibía —como se dijo previamente— en las áreas con mayor densidad de población católica activa. Las influencias anticlericales y seculares en las principales provincias agrícolas del país llegaban primero a las ciudades antes que al campo o a los pueblos, en la medida que tales influencias eran difundidas en primera instancia al desarrollarse la enseñanza fiscal secundaria y la administración pública, desarrollo de fines del siglo diecinueve. Por tanto, los partidos anticlericales tenían muchas más dificultades para erosionar el apoyo conservador en los pueblos y las áreas rurales. Los grandes propietarios de tierras en la zona agrícola del Valle Central solían levantar santuarios, capillas e incluso iglesias que facilitaban el acercamiento del clero a la población rural. Tales fundos contaban con santos patronos y una serie muy activa de festivales que marcaban tanto el calendario religioso como los puntos fundamentales del ciclo agrícola... y de las contiendas electorales.

En cuanto miembros del partido católico, los militantes conservadores no podían sino estar al tanto de las enseñanzas sociales de la Iglesia. Como hace notar Erika Maza Valenzuela, en los siglos diecinueve y principios del veinte, los católicos acaudalados, incluyendo a muchas mujeres, dedicaban sus energías y su dinero a organizar y administrar muchas instituciones de beneficencia y educacionales para los pobres, en asociación con ciertas órdenes religiosas.⁵⁴ Con miras a contrarrestar las influencias anticlericales, la Iglesia y el Partido Conservador hicieron un esfuerzo por organizar sociedades de ayuda mutua y sindicatos para hombres y mujeres trabajadores, especialmente luego de publicarse *Rerum novarum* de León XIII, aunque tales organizaciones (quizás si con algunas excepciones) no parecen haberse comprometido mayormente en acciones militantes dentro del sector industrial. Ciertos conservadores prominentes, en especial líderes del movimiento de mujeres conservadoras como Adela Edwards de Salas, eran muy enérgicos al condenar los bajos salarios y las deplorables condiciones laborales existentes.⁵⁵ El partido apoyó e incluso

⁵⁴ Erika Maza Valenzuela, *op. cit.*

⁵⁵ Erika Maza Valenzuela cita el libro poco conocido de Adela Edwards de Salas, *Memoria de la Cruz Blanca, 1929. Sociedad con personería jurídica y cuya finalidad es proteger a la joven y redimir a la mujer por la mujer* (Santiago de Chile: Imprenta y Litografía “Casa Amarilla”, 1929), en *op. cit.* Adela Edwards de Salas fue elegida al Concejo Municipal de Santiago con la mayor votación obtenida por ningún candidato en 1935, la primera elección en la que votaron las mujeres.

propuso una legislación social y laboral (incluyendo la creación de sindicatos legales en 1919), aunque tenía un enfoque claramente paternalista de las relaciones laborales y de los sectores populares en general.

Diferencias de criterio y enfoque aparecieron entre los conservadores a medida que los partidos comenzaron a alinearse fundamentalmente en función de sus concepciones socioeconómicas. A principios de los años veinte, los conservadores más receptivos a la interpretación progresista de la doctrina social de la Iglesia se identificaban ya entonces a sí mismos como un segmento social cristiano. Muy prominente entre ellos era el diputado Emilio Tizzoni. En los años treinta, inspirada por *Quadragesimo anno* de Pío XI, por los escritos de Jacques Maritain y las enseñanzas de varios e influyentes sacerdotes chilenos, especialmente de Fernando Vives y Alberto Hurtado, surgió una nueva generación de jóvenes conservadores que buscaba poner al partido al frente de la acción social. Ese grupo, cuyo líder principal fue Eduardo Frei, entró en conflicto con el partido e incluso con la Iglesia, cuya jerarquía superior, partiendo por Horacio Campillo, Arzobispo de Santiago durante los años treinta, hacía hincapié en la lealtad al Partido Conservador y sostenía concepciones más tradicionales. En 1935, la juventud conservadora organizó la Falange Conservadora, casi como un partido dentro del partido (un modelo también empleado por Adela Edwards para crear un partido femenino asociado al partido mayor). En las elecciones presidenciales de 1938, la Falange se negó a apoyar la opción del partido de respaldar al candidato liberal Gustavo Ross, por considerarlo en exceso derechista. A raíz de ello, abandonaron el partido todos a una, convirtiéndose en la Falange Nacional, una decisión que desagradó no sólo al Partido Conservador sino a la jerarquía eclesiástica. Con todo, los falangistas siguieron siendo devotos católicos y concibiendo sus programas como un medio de implementar de manera más apropiada las enseñanzas de la Iglesia. El nuevo partido, liderado por jóvenes profesionales, no tuvo mayores éxitos electorales, pues recibió habitualmente, hasta mediados de los años cincuenta, tan sólo un 3% de la votación nacional.⁵⁶ Hizo además esfuerzos por tener presencia en el movimiento sindical, sin mucho éxito al comienzo.

La escisión de los falangistas no acabó con las inquietudes que suscitaban las concepciones social cristianas dentro del Partido Conservador. A mediados de los años cuarenta, bajo el liderazgo de Eduardo Cruz

⁵⁶ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 581.

Coke, senador y antiguo reformador social, tales enfoques cobraron mayor actualidad, convirtiéndose en la tendencia predominante entre los líderes del partido. Los desacuerdos entre las dos facciones saltaron al primer plano cuando se trató de decidir si apoyar o rechazar la Ley de Defensa de la Democracia de 1948, que proscribía al Partido Comunista. La Ley había sido propuesta por el Presidente radical Gabriel González Videla (1946-1952) al iniciarse la Guerra Fría. Éste había roto poco antes su alianza de gobierno con los comunistas, cediendo en parte a la presión de los Estados Unidos. Los social cristianos rechazaban esta ley porque ella infringía las libertades políticas; el resto de los conservadores la apoyaba. Esto dividió al partido en dos grupos: los social cristianos conservaron la denominación de Partido Conservador tras una polémica decisión de la corte en la materia, mientras que sus detractores se convirtieron en el Partido Conservador Tradicionalista. En las elecciones a la Cámara baja de 1950 y 1953, este último obtuvo un mayor porcentaje de votos. Al Partido Conservador (social cristiano) le fue particularmente mal en 1953, pues sólo eligió a 2 diputados, en comparación con los 16 de los tradicionalistas. Dicho resultado fue en parte la consecuencia de una nueva división entre los social cristianos, dando pie a un grupo que se autodenominó Movimiento Nacional Cristiano y que hizo campaña apoyando al entonces recién elegido (y esta vez democráticamente) presidente Carlos Ibáñez (1952-1958). Si se suman los votos de la Falange a los otros dos grupos social cristianos, dichos segmentos del viejo tronco del Partido Conservador obtuvieron casi tantos votos en la elección de 1953 (un 9,98% del total) como los tradicionalistas (un 10,05%). La lección no fue en vano para los social cristianos. En los próximos años comenzaron a gravitar juntos, a pesar de que un segmento del Partido Conservador (social cristiano) liderado por los dos diputados elegidos en 1953 se fusionó de vuelta con el grupo tradicionalista. En julio de 1957, las vertientes social cristianas se aunaron para crear el Partido Demócrata Cristiano, desarrollo que será analizado más adelante. A través de esta prolongada evolución, que se había iniciado en las primeras décadas del siglo veinte, el segmento históricamente católico y proclerical de la política chilena había generado un partido claramente centrista en materias socioeconómicas, dejando lo que quedó del Partido Conservador (compuesto básicamente desde mediados de los años cincuenta por los tradicionalistas, aunque eliminaron este calificativo de su etiqueta), con un perfil más claramente de derecha.

Para los partidos de izquierda, el eje socioeconómico del sistema partidario fue siempre el más importante, aunque eran a la vez anticlericales. La reestructuración del sistema de partidos en función del eje socioeconó-

mico los favoreció al reducir la influencia, que tanto afectó a los demócratas, de los temas anticlericales en las campañas electorales. Por ende, es sólo a partir de mediados de los años veinte que la izquierda chilena fue capaz de alcanzar su potencial electoral (dados los efectos residuales, no preponderantes, del conflicto clerical/anticlerical), a saber, el 20 a 30% de la votación, la misma que ha obtenido regularmente hasta el presente.

Entre principios de los años veinte y mediados de la década subsiguiente, hubo cambios fundamentales en la composición partidaria de la izquierda. El Partido Comunista, que había surgido de la convención del Partido Socialista Obrero de enero de 1922, ya era una fuerza mayoritaria o casi mayoritaria en el movimiento sindical. Después del suicidio de Recabarren en diciembre de 1924, el partido quedó en manos de dirigentes relativamente moderados. Sin embargo, por obra de la represión a manos de la policía de la dictadura de Ibáñez y por la “bolchevización” del partido bajo las órdenes de la Tercera Internacional, sus cuadros se radicalizaron rápidamente. El partido llegó incluso a expulsar póstumamente de sus filas a Recabarren, cuyos puntos de vista no encajaban del todo en la ortodoxia comunista. Una tendencia izquierdista encabezada por Manuel Hidalgo, quien fue elegido al Senado en 1926 sólo para ser enviado al exilio por Ibáñez un año después, fue también expulsada, convirtiéndose en la filial chilena del movimiento trotskista. A fines del gobierno de Ibáñez, las filas del Partido Comunista habían sido diezgadas, su presencia dentro del movimiento sindical se había reducido enormemente en la medida que su federación sindical pudo tan sólo reorganizar cerca de un quinto de sus antiguos consejos a lo largo del país, y su política era tan intransigente y sectaria como lo era la de cualquiera de los partidos comunistas del mundo durante el período de la Internacional (1928-1934) de “clase contra clase”.⁵⁷

La innovación más relevante dentro de la izquierda no comunista fue la fundación del Partido Socialista en abril de 1933, al fusionarse cuatro partidos o movimientos que incluían a algunos masones destacados, antiguos anarquistas y anarco-sindicalistas, nacionalistas de izquierda, socialdemócratas y trotskistas de Hidalgo, que se identificaban, aunque fuese vagamente, con los ideales socialistas pero rechazaban el comunismo soviético. Lo que probablemente galvanizó su unificación fue la “República

⁵⁷ J. Samuel Valenzuela, “Labor Movement Formation”, *op. cit.*, p. 567. Para un análisis de la Internacional Comunista durante este período, véase Annie Kriegel, *Les Internationales ouvrières* (París: Presses Universitaires de France, 1975, 4a edición), pp. 93-99.

Socialista” proclamada entre el 4 y el 14 de junio y la posterior campaña presidencial de Marmaduke Grove, el líder de la experiencia de junio, en contra de Arturo Alessandri el mismo año 1932. Grove y otras figuras de la “República Socialista” jugaron un rol prominente en la fundación del Partido Socialista y, durante su primera década y media de existencia, el partido fue principalmente su instrumento, aunque siempre estuvo cruzado por una gran variedad de tendencias, desde marxistas a reformadores moderados.

Aunque fundado tardíamente en relación al desarrollo que había experimentado el movimiento sindical chileno, el Partido Socialista fue capaz de absorber a un segmento considerable de los líderes sindicales entre sus filas. Ello fue una coincidencia histórica afortunada para el partido, ya que lo enraizó en una base social sindical que le otorgó la legitimidad necesaria para disputarles en la izquierda a los comunistas la pretensión de ser el único partido representante de los intereses de los trabajadores. Dicha coincidencia fue que la creación del partido ocurrió poco después de que el régimen dictatorial de Ibáñez hubiera, por una parte, diezmado al movimiento sindical y, por la otra, promovido el crecimiento del sindicalismo legal mediante las disposiciones de la legislación laboral de 1924. Es muy probable que los dirigentes de los sindicatos legales incluyeran a miembros del Partido Demócrata, algunos antiguos anarco-sindicalistas y cierto número de nuevos líderes sin militancia partidaria. Los dirigentes del Partido Comunista no tenían interés alguno, ni probablemente la capacidad, de incluir a tales sindicalistas en su red organizacional; de hecho, los rechazaban de plano por considerarlos colaboracionistas con la dictadura. Además los anarco-sindicalistas fueron incapaces de recrear su movimiento luego de la caída de Ibáñez; en consecuencia, muchos derivaron también al Partido Socialista. Así, el Partido Socialista habría de heredar las vertientes no Comunistas/Socialistas Obreras de la organización política y sindical que venían de las décadas anteriores.

Entretanto, los demócratas, aunque eran una fuerza agotada dentro del sindicalismo organizado, siguieron teniendo durante los años treinta y cuarenta una presencia electoral significativa, especialmente en los sectores populares. Su potencial electoral se vio menguado, sin embargo, por una división del partido que no sólo contribuyó a socavarlo sino que, al final, lo destruyó virtualmente, en especial tras el fallecimiento de las principales figuras que habían dirigido el partido en el período anterior a 1927. Después de la renuncia de Ibáñez, el partido reconoció públicamente el “error” de haber apoyado a su régimen, y un segmento de sus dirigentes y militantes intentó enfatizar su orientación “izquierdista”, buscando for-

mar alianzas políticas con los comunistas y socialistas.⁵⁸ Sin embargo, otro grupo dentro del partido se sentía tentado a colaborar con el gobierno de Arturo Alessandri, a cambio de algunos cargos ministeriales y de otra índole. El primer grupo, más a la izquierda, creó lo que se denominó el Partido Democrático y el segundo el Partido Demócrata. En los años cuarenta, tras una breve fusión, el partido se dividió nuevamente y sus segmentos fueron incapaces siquiera de apoyar a un solo candidato presidencial. En 1960, los remanentes del partido se fusionaron con otros grupos escindidos para formar el Partido Democrático Nacional, de menor apoyo electoral y orientación de izquierda, por lo general.

Un partido importante que apareció en este período fue el Partido Agrario Laborista. Creado formalmente en 1945, se convirtió en el principal vehículo partidario de apoyo a Carlos Ibáñez en su campaña para la presidencia en 1952. Tras conseguir el mayor bloque de diputados en 1953 (26), el Partido Agrario Laborista disminuyó hasta hacerse insignificante a medida que se iba desluciendo la presidencia de Ibáñez. Pese a haberse convertido en un partido personalista, sus orígenes eran más complejos. Su primer componente fue el Partido Agrario, formado por empresarios agrícolas en Cautín. En 1932, eligieron a cuatro diputados y su éxito los condujo a querer ampliar su alcance a todos los elementos “de trabajo”. El segundo componente fue la Alianza Popular Liberadora, que surgió de la fusión de grupos que apoyaron la fracasada campaña presidencial de Ibáñez en 1938 (de la cual él mismo se retiró, de hecho, antes de las elecciones), incluyendo entre estos al Partido Nacional Socialista chileno.

Alianzas partidarias

En la medida que ningún partido recibía por sí solo más de un cuarto de la votación total, las alianzas partidarias siguieron determinadas por la formación de coaliciones para las elecciones presidenciales. La coalición presidencial triunfante habría de participar normalmente en el primer gabinete de los nuevos presidentes y constituir el principal núcleo inicial de sus apoyos parlamentarios. Sin embargo, las coaliciones ministeriales y parlamentarias solían cambiar en el curso del período presidencial.

⁵⁸ Un libro poco conocido de Héctor de Petris Giesen, *Historia del Partido Democrático. Posición dentro de la evolución política nacional* (Santiago de Chile: Dirección General de Prisiones, 1942), contiene un detallado recuento de los partidos Democrático y Demócrata durante la década de 1930.

Las coaliciones formadas para la elección presidencial nunca contaron con una mayoría en ambas cámaras del Congreso, y aunque solía haber en cada una de ellas un período de luna de miel que facilitaba la aprobación de la legislación al comienzo, dicho efecto no duraba mucho; en última instancia, se obligaba a los presidentes a buscar coaliciones parlamentarias viables, que habitualmente exigían un cambio de gabinete. Las elecciones parlamentarias no coincidían con las presidenciales, lo cual configuraba un factor de complicación adicional en la medida que podían alterar la composición del Congreso. Los presidentes que asumían su cargo cuando el calendario electoral contemplaba, poco después de ser elegidos ellos, elecciones parlamentarias en lugar de municipales, eran afortunados, pues esto tendía a reforzar sus apoyos parlamentarios. Las elecciones celebradas durante el período de “luna de miel” o de gracia, esto es, justo en los meses que seguían al estreno del nuevo presidente, comenzaron a ocurrir en la mayoría de las presidencias tras la muerte de Juan Antonio Ríos (1953-1946), lo que modificó el calendario de los períodos presidenciales. El efecto de una presidencia recién inaugurada aumentaba considerablemente la votación por el partido o partidos que apoyaban al nuevo presidente. Así, en la elección municipal de 1947, radicales y comunistas obtuvieron el 41,5% de la votación; en la contienda parlamentaria de 1953, las fuerzas ibañistas obtuvieron el 45,4%; en las elecciones también parlamentarias de 1965, la Democracia Cristiana registró un 43,6%; y en las elecciones municipales de 1971, la coalición de la Unidad Popular subió a un 48,6%.⁵⁹

A medida que se acercaba el término del período presidencial, las coaliciones partidarias quedaban determinadas más bien por la nueva campaña presidencial que por la necesidad del presidente en ejercicio de forjar una mayoría legislativa. Generalmente ambas lógicas políticas funcionaban de manera cruzada. Aun cuando la reafirmación de un régimen presidencial pleno en 1925 debía facilitar supuestamente la estabilidad del gabinete, de hecho prácticamente no disminuyó la rotativa ministerial, en parte dada la dificultad de conciliar la formación de las coaliciones legislativas con las electorales. El inicio en 1925 de elecciones presidenciales directas dio una ventaja, en tales contiendas, a las figuras públicas bien conocidas, como los antiguos presidentes, los ex ministros de gobierno más prominentes, los hijos de políticos de larga trayectoria y los antiguos

⁵⁹ Oficina de Informaciones, “Estadísticas electorales”, varios cuadros; Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 567; y A. Valenzuela, *op. cit.*, p. 54. Cabe hacer notar que no hubo elecciones después de la asunción de Jorge Alessandri en 1958. La primera, una contienda municipal, tuvo lugar en 1960.

candidatos presidenciales. El cambio también facilitó la presencia de los independientes en las elecciones presidenciales, quienes podían crear una coalición combinando partidos, fracciones partidarias, movimientos, asociaciones, sindicatos, etc. Ibáñez, que nunca militó formalmente en ningún partido, se convirtió sin embargo en un factor permanente en las campañas presidenciales entre 1938-1952. Carente de principios y equipado de frases simplonas que apuntaban generalmente a los partidos y a los políticos, Ibáñez consiguió el apoyo, que variaba de una elección a otra, de grupos o partidos, desde nazis a comunistas, que se sentían excluidos o alienados del sistema político por algún motivo. El nuevo método de elecciones directas condujo además a un aumento del número de candidatos presidenciales, en parte porque ya no tenían que preocuparse del complicado proceso de configurar listas de electores. Los dirigentes de partidos y los independientes (estos últimos, siempre que tuviesen el número de firmas requerido para inscribirse formalmente como candidatos) comenzaron a postular candidaturas —pese a sus escasas posibilidades de triunfo— como una forma de hacer más visibles a sus respectivos partidos, de hacerse más visibles ellos mismos para preparar una futura contienda presidencial, y/o para restarles votos a otros candidatos en un intento de influir en el resultado final sin aparecer apoyando directamente otra candidatura. Con tales consideraciones, la política asociada a las elecciones presidenciales se hizo más incierta y compleja.

Las coaliciones de los partidos normalmente podían contar con que sumarían sus respectivos electorados en las campañas presidenciales, y por lo tanto tenían mayores probabilidades de elegir a sus candidatos. Pero tales coaliciones, dentro de un sistema multipartidario que se había hecho más complejo con la adición del eje socioeconómico, eran ahora más difíciles de establecer. El sistema no sólo contaba con tres tendencias fundamentales a lo largo de ese eje (izquierda, centro y derecha), cada una con una sumatoria de votos entre un quinto y dos quintos del total, sino que presentaba además una división entre un componente católico y otro secular o anticlerical dentro de cada tendencia. El componente católico era el más débil en la izquierda, pero a través del líder sindical Clotario Blest y otros tenía cierta significación en las asociaciones de servicio público y el movimiento sindical global. Dicho componente se desarrollaría considerablemente en los años sesenta.

Las siguientes eran las reglas implícitas de la formación de las candidaturas presidenciales y de las coaliciones partidarias en este período. Primero, como había sido el caso antes de 1925, ningún político del Partido Conservador podía convertirse en candidato de una coalición triunfante porque los demás partidos no lo aceptarían.

Segundo, radicales y conservadores (de ambas tendencias) no podían forjar una coalición electoral basada en una plataforma acordada en común o formar parte juntos de una coalición conducida por un liberal. La primera y segunda limitaciones reflejaban la persistencia del conflicto clerical/anticlerical en torno a cuestiones tales como la legalización del divorcio, el contenido del programa escolar, la enseñanza religiosa y las subvenciones a las escuelas administradas por agrupaciones religiosas; y, en términos más generales, reflejaba la persistencia de las segmentaciones de índole subcultural que los conflictos a lo largo de este eje habían generado en la sociedad chilena. Sin embargo, radicales y tradicionalistas o conservadores derechistas podían formar parte de coaliciones parlamentarias y gubernamentales en la medida que su foco estuviera en bloquear la influencia de la izquierda, como hicieron al prohibir al Partido Comunista tras el inicio de la Guerra Fría y como lo intentaron, sin conseguirlo, al tratar de llevar un candidato presidencial común en las elecciones de 1964. Además, aunque la Falange era expresión de la subcultura católica, se unió a los radicales, incluso en elecciones presidenciales, como parte de su intento de forjarse una identidad de centro. Los conservadores social cristianos hicieron esto mismo en 1952, aunque con muchas vacilaciones y sin un acuerdo formal. Ambos grupos social cristianos preferían correr con colores propios, como en 1946, y siguieron haciéndolo tras la creación del Partido Demócrata Cristiano en 1958 y en 1964.

Tercero, el Partido Radical era el que tenía mayor capacidad de generar coaliciones presidenciales triunfantes. Los liberales, que ocupaban dicha posición en el período anterior, aún podían hacerlo dadas ciertas circunstancias propicias, como ocurrió en 1932 y 1958 (suponiendo que Jorge Alessandri era liberal). Los radicales no sólo contaban con un porcentaje levemente mayor del voto que otros partidos fundamentales, sino que, a la vez, la preeminencia del eje derecha-izquierda los favorecía por sobre los liberales. El posicionamiento de los últimos a la derecha del espectro los limitaba a hacer, ya fuera una alianza con los conservadores (y sólo con los tradicionalistas, cuando los conservadores se escindieron) o con los radicales, pero no podían hacerlo con ambos, como señalamos antes. En cambio, los radicales podían unirse a los liberales, con otros partidos de centro, incluida la Falange, y/o con la izquierda. Dando garantías de que sus políticas no se irían hacia ningún extremo, los radicales tenían incluso la posibilidad de aglutinar dentro de la misma coalición a liberales y socialistas, y de conseguir el apoyo electoral de los comunistas, como ocurrió en la elección de Juan Antonio Ríos en 1943.

Cuarto, la coalición formada para la elección presidencial tenía un

componente central al cual los líderes políticos intentaban sumar otros de naturaleza periférica. El elemento central unía a dos partidos fundamentales en un acuerdo programático con una promesa mutua de compartir las posiciones ministeriales claves. Servía pues, de ser ello posible, como base para configurar los aspectos periféricos: vale decir, los partidos (y también los movimientos, sindicatos y asociaciones) que sumaban sus fuerzas a la coalición pero que lo hacían con escasas expectativas de obtener posiciones ministeriales o de tener mucha influencia en las políticas del futuro gobierno si el candidato de la coalición triunfaba. Como tal, el componente periférico podía tener fuerzas muy dispares. Liberales y socialistas, o radicales y conservadores social cristianos, podían formar parte de una coalición mayor, pero no ser su componente central. El problema de la estrategia a seguir para formar la coalición básica o nuclear podía producir conflictos agudos al interior de los partidos, llegando incluso a generar escisiones. Las coaliciones iniciadas por los partidos (a diferencia de las candidaturas independientes de Ibáñez), que reunieron la mayor combinación periférica y produjeron triunfos por mayoría absoluta, contaban con un núcleo radical-liberal, independientemente de que el candidato fuera un radical (como Juan Antonio Ríos en 1946) o un liberal (como Arturo Alessandri en 1932). Cuando los partidos radical y liberal iban solos o iban en acuerdos nucleares con otras fuerzas, a saber, los radicales con la izquierda o con facciones de la izquierda, y los liberales con la derecha o con facciones de la derecha, el resultado era una elección muy reñida, a veces incluso un virtual empate, lo cual dejaba entonces la decisión final en manos de una sesión conjunta del Congreso. En esa instancia podía armarse una coalición gobernante en cierto sentido distinta de la electoral original, como ocurrió en 1946 cuando los liberales ganaron una inclusión en el gabinete de González Videla pese a haber perdido la elección. Estas elecciones muy reñidas ocurrieron en 1938, cuando los radicales formaron el Frente Popular con todos los partidos de izquierda (aunque el componente central estaba formado por radicales y socialistas), ganando apenas contra un acuerdo nuclear liberal-conservador; en 1946, cuando la mayoría del Partido Radical formó una alianza con los comunistas sin apoyos periféricos oficiales (pero con un buen número de votantes socialistas) y ganó contra los candidatos presentados por los liberales, los conservadores social cristianos y un segmento socialista; y en 1958, cuando un núcleo liberal-conservador ganó estrechamente contra un candidato de la izquierda, un demócratacristiano, un radical y un sacerdote de izquierda.

Finalmente, los candidatos independientes podían ganar siempre y cuando ningún par de partidos fundamentales formara una coalición nu-

clear, o bien cuando una coalición de esa índole apoyaba, precisamente, a la figura independiente. La primera de tales situaciones ocurrió en 1952 y explica la razón por la que Ibáñez fue capaz de ganar entonces y no antes. Ese año, con el apoyo del improvisado Partido Agrario Laborista, un segmento del Partido Socialista y de varios movimientos ibañistas, Ibáñez consiguió electores que normalmente apoyaban a todos los demás partidos (incluyendo a los comunistas dada la promesa de Ibáñez de derogar la Ley de Defensa de la Democracia). Los liberales, en cambio, sólo pudieron reunir el apoyo del segmento tradicionalista de los conservadores, mientras que los radicales fueron incapaces de forjar un acuerdo nuclear con ningún otro partido, y una pequeña escisión socialista presentó a su propio candidato. La segunda de tales situaciones se dio en 1958, cuando liberales y conservadores se unieron en apoyo a Jorge Alessandri, hijo del antiguo presidente y entonces senador. Alessandri se enorgullecía de no haber sido miembro de ningún partido, aunque era muy cercano a los liberales.

Un factor de complicación para la formación de alianzas era que los partidos con posiciones cercanas o las escisiones de un partido debían competir entre sí en un mismo universo, en términos gruesos, de militantes, simpatizantes y electores. Por ejemplo, tras un período de colaboración relativa en la coalición del Frente Popular (1936-1942), comunistas y socialistas se enfrascaron en una amarga lucha por tener mayor influencia dentro del movimiento sindical y por establecer su predominio en el electorado de izquierda. De modo similar, demócratas y democráticos fueron incapaces de resolver sus diferencias más allá de algunos períodos efímeros, y los conservadores tradicionalistas prefirieron la compañía de los liberales a la de los social cristianos.

Este período estuvo caracterizado por el hecho de que los radicales eran el principal partido centrista. Ello habría de cambiar pronto, con el ascenso de la Democracia Cristiana, una fase que también produjo cambios importantes en el sistema electoral.

De la fundación del Partido Demócrata Cristiano al quiebre de la democracia en 1973

Dados los rápidos éxitos electorales del Partido Demócrata Cristiano en los años que siguieron a su fundación en 1957, a mediados de los sesenta el sistema partidario pareció sufrir cambios significativos. Las cifras eran elocuentes: de un 13,2% del voto obtenido por la Falange y los conservadores social cristianos en las elecciones a la Cámara baja de 1957,

el nuevo partido nacido de la fusión de ambos grupos triplicó la proporción de su votación en 1965, quedándose en una cifra cercana a casi el doble que la original en 1969. Ello se aprecia en el Cuadro N° 1, que también contiene los porcentajes de voto obtenidos por los otros partidos importantes en las elecciones de diputados entre 1957 y 1969.

CUADRO N° 1 VOTACIÓN OBTENIDA POR LOS PRINCIPALES PARTIDOS CHILENOS
(1957-1969)
(Elecciones a la Cámara baja, en porcentajes)

Partido	1957	1961	1965	1969
Conservador*	13,8	14,8	5,3	—
Liberal	15,3	16,6	7,5	—
Nacional	—	—	—	20,0
Demócrata				
Cristiano*	13,2	15,9	43,6	29,8
Democrático	5,0	6,9	—	—
Agrario Laborista	7,8	—	—	—
Radical	21,5	22,1	13,7	13,0
Socialista	10,7	11,1	10,6	12,2
Comunista	—	11,8	12,7	15,9

* El porcentaje del Partido Conservador en 1957 corresponde al del Partido Conservador Unido, esto es, al ala tradicionalista del viejo Partido Conservador, en tanto el porcentaje de los Demócratas Cristianos en ese mismo año suma los obtenidos por la Falange y el Partido Conservador Social Cristiano. Estos dos últimos actuaban ya juntos con la llamada Federación Social Cristiana. El cuadro de A. Valenzuela muestra cifras distintas en las celdillas respectivas porque el autor sumó los votos social cristianos y conservador tradicionalistas en la columna conservadora, sumatoria que es contraria a las alianzas de ese año.

Fuentes: Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1978), p. 35. Y Chile, Oficina de Informaciones, “Estadísticas electorales, 1925-1967”, *Boletín de información general*, N° 47 (31 de diciembre, 1968), pp. 10-12.

Del análisis de los resultados electorales de fines de los cincuenta y los sesenta en el Cuadro N° 1, es posible concluir que la Democracia Cristiana se convirtió en el partido chileno con la mayor proporción de votos en el siglo veinte a partir de tres fuentes: de partidos de centroizquierda a centroderecha pequeños, incluyendo los residuos de los partidos Democrático y Agrario Laborista; de la derecha, particularmente del Partido Conservador; y de los radicales, que dejaron de ser el principal partido del electorado centrista. La izquierda fue el único segmento que retuvo, y

hasta incrementó levemente, su proporción de votos durante los años del ascenso de la Democracia Cristiana. Los socialistas obtuvieron el 10,7% de los votos en 1957 y el 12,2% en 1969, en tanto los comunistas obtuvieron el 11,8% en 1961 (sus primeras elecciones parlamentarias luego de que la ley que los prohibía fuera derogada en 1958) y un 15,6% en 1969. Es preciso examinar cada una de estas fuentes en detalle.

Los partidos pequeños se vieron afectados por un cambio importante en la legislación electoral en 1958 y 1962, a saber, la prohibición de los pactos electorales que habían generado las listas híbridas de candidatos. Federico Gil señala de manera acertada que esto representó un golpe mortal contra los partidos surgidos “de la noche a la mañana”.⁶⁰ Los pactos daban ventajas considerables a los partidos menores, porque permitían la elección de algunos de sus miembros en distritos donde eran relativamente fuertes y, al mismo tiempo, el Servicio Electoral sumaba sus votos en forma separada, aislándolos de la lista en que se presentaban, haciendo así la sumatoria total de su votación nacional bajo su propia etiqueta partidaria. De este modo, el partido tenía la posibilidad de conservar su existencia legal siempre y cuando apareciera con más del apoyo mínimo a nivel nacional requerido con este fin y, simultáneamente, obtenía el impulso necesario en ciertos distritos para elegir a sus candidatos al compartir una lista más apta para captar los votos necesarios para sobrepasar el cuociente electoral del sistema D'Hondt. Tras la prohibición de los pactos, los partidos pequeños podían presentar aún a sus candidatos bajo su propia denominación partidaria, con la esperanza de conservar su registro legal como partido sobre la base de su votación nacional, pero era poco probable que sus candidatos obtuvieran suficientes votos en cualquier distrito para igualar o sobrepasar el cuociente electoral. La única forma de hacer pactos con las nuevas normas imperantes era que los partidos acordaran —a la vez que se mantenían cada uno como una organización distinta con una identidad propia— registrar una denominación partidaria ficticia de alcance nacional en el Servicio Electoral, con listas híbridas de candidatos. Pero difícilmente podían los partidos pequeños esperar que los grandes se acomodaran a ellos al punto de sacrificar su denominación partidaria. Por ende, la mejor opción abierta a los militantes de los partidos pequeños era la de unirse al partido mayor que pareciera más afín al suyo. El Partido Demócrata, un pequeño Partido Nacional y el Partido Agrario Laborista, este último ya muy disgregado a mediados de los años cincuenta por los múltiples fracasos del gobierno de Ibáñez y buscando

⁶⁰ Gil, *op. cit.*, p. 216.

una nueva vía política, optaron generalmente por la Democracia Cristiana.⁶¹ Con la legislación electoral anterior, los partidos mencionados hubieran podido hacer los respectivos pactos electorales con la Democracia Cristiana, preservando así su propia denominación partidaria. Un pequeño núcleo de militantes leales mantuvo vivo el Partido Democrático, pero éste obtuvo un magro 1% de la votación nacional en las elecciones municipales de 1963, un resultado devastador si se considera el 6,9% que había obtenido en 1961.⁶²

En la derecha, los liberales perdieron algo, pero no mucho, de su electorado en favor de los democratacristianos. Los liberales obtuvieron el 18% del voto en 1949, y en las elecciones de 1953, que tuvieron lugar en el período de luna de miel de Ibáñez, cayeron al 10,9%. Sin embargo, se recuperaron bien y en 1961 alcanzaron el 16,6%, es decir, tan sólo un 1,4% menos que su resultado de 1949. La proporción de su votación descendió nuevamente, y en forma significativa, en las elecciones de 1965 que tuvieron lugar bajo el fulgor de la recién estrenada presidencia de Eduardo Frei. Es imposible decir cuánto se recuperaron los liberales después de eso, porque en 1967 se fusionaron con los conservadores y un grupo menor de derecha para formar el Partido Nacional, resucitando una vez más esta denominación frecuentemente utilizada. El nuevo partido obtuvo el 20%

⁶¹ Acerca del influjo del segmento ibañista hacia la Democracia Cristiana, véase George Grayson, *El Partido Demócrata Cristiano chileno* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968), pp. 333-337. El Partido Agrario Laborista apoyó a Eduardo Frei en la elección presidencial de 1958, el único otro partido que lo hizo; véase pp. 319-321. Grayson no menciona el cambio en la ley electoral que prohíbe los pactos. Más bien, al explicar el auge de la Democracia Cristiana, hace hincapié en la gran habilidad de sus líderes, en un efecto de “subirse al carro de la victoria” que se dio a fines de los 50 y comienzos de los 60, el cual atrajo a los ibañistas, y en las nuevas generaciones de estudiantes universitarios; y al aumento de la población electoral, especialmente de las mujeres, quienes por motivos religiosos fueron atraídas hacia la Democracia Cristiana. Aun cuando es indudable lo relativo a las habilidades de los líderes partidarios, dichas explicaciones no son particularmente convincentes.

⁶² En 1958, los remanentes del Partido Democrático apoyaron la candidatura de Salvador Allende a la presidencia. En 1960, se fusionaron con otros grupos reducidos para formar el Partido Demócrata Nacional. En 1964, el partido apoyó una vez más a Allende para presidente, pero en el proceso perdió a la mayor parte de los doce diputados que había elegido en 1961 porque éstos prefirieron apoyar a Frei. En 1965, el partido eligió a tres diputados, pero a poco andar se escindió y sus miembros residuales se fueron a otros partidos. Véase J. Fuentes, L. Cortés, F. Castillo y A. Valdés, *Diccionario histórico de Chile* (Santiago de Chile: Zig-Zag, 1990, 11a edición), pp. 423-424.

de los votos en 1969, un porcentaje que la derecha habría de mejorar subsecuentemente.

Siendo el partido católico original que había ya provocado las escisiones centristas que generaron la Democracia Cristiana, el Partido Conservador fue el que más perdió en favor de la Democracia Cristiana en 1961. El voto de todas las tendencias conservadoras fue de un 22,7% en 1949. El alza ibañista de 1953 dejó al segmento tradicionalista con un 10,1%, al grupo social cristiano con un 4,5% y al grupo cristiano nacional (ibañista) con un 2,7%. El total para los tres grupos, un 17,3%, indica que una proporción de lo que era el nivel de votación conservadora de 1949 se fue también a algún otro lado, muy probablemente a los agrario laboristas, el principal partido ibañista. Los cristiano nacionales se disolvieron pronto y sus líderes se fueron a la Falange antes de la formación del Partido Demócrata Cristiano. Así, ambos componentes social cristianos que eventualmente se unieron a la Democracia Cristiana le costaron al Partido Conservador entre un 6 y un 8% de su antigua votación de 1961.

Como ocurría con los liberales, es muy difícil estimar cuánto más pueden haber perdido los conservadores durante los sesenta, en favor de la Democracia Cristiana. Ciertamente, el 5,3% del voto que el partido recibió en las elecciones de 1965 fue mucho menor que su votación normal, dado el efecto del período de gracia de Frei sobre dicha contienda. Sin embargo, puesto que el voto conservador cayó en un factor de 2,8 veces entre 1961 y 1965, mientras que el liberal decreció 2,2 veces, los conservadores perdieron nuevamente más que los liberales en ese último año. En ausencia de datos provenientes de encuestas que muestren cómo hubieran votado los electores del Partido Nacional en 1969 si se hubieran mantenido las antiguas denominaciones partidarias, es imposible decir si la recuperación de la derecha hasta un 20% incluía también una mayor proporción de los que hubieran sido votantes conservadores en lugar de liberales.

Con todo, esto es muy improbable, pues los conservadores perdieron mucho más que sólo votos con el ascenso de la Democracia Cristiana. Perdieron el elemento esencial de su identidad histórica, a saber, su conexión con la Iglesia católica. La Falange y más tarde los social cristianos absorbieron muy probablemente una proporción significativa de los militantes católicos más comprometidos del conservantismo en favor de la Democracia Cristiana. Difícilmente podía ignorar la Iglesia esta nueva situación y mantener sus nexos con un Partido Conservador formado principalmente por su componente tradicionalista. Además, como indica Brian Smith, el grueso del catolicismo internacional se reorientó a fines de los cincuenta en una dirección más progresista en lo social y lo político, lo

cual lo acercaba mucho más a las posiciones que habían sostenido desde hacía dos décadas los social cristianos, tanto laicos como clericales, en Chile. Smith subraya además la influencia de un nuncio papal “progresista” en Santiago a fines de los cincuenta, quien sugirió el nombramiento de muchos obispos cuando se dio cerca de un 50% de cambios dentro del episcopado.⁶³ Naturalmente, el hecho de que tales individuos estuvieran preparados para ocupar esos cargos dentro de la Iglesia católica muestra que ese cambio se había estado gestando durante varias décadas. Es imposible medir el efecto que ese vuelco de la opinión clerical en favor del nuevo partido tuvo sobre los electores católicos, pero ciertamente no se lo puede ignorar. Creado por la jerarquía católica en la década de 1850 para promover y defender las posturas de la Iglesia, el Partido Conservador se había convertido un siglo después en un huérfano. El partido se quedó con quienes se resistían a adoptar una posición política centrista y, como tal, de ser un partido de defensa clerical, se convirtió en un partido pura y simplemente de derecha. Su fusión con los liberales, quienes eran sus adversarios en las discusiones sobre el rol de la Iglesia, confirmó ese vuelco, generando todo ello incluso una nueva denominación partidaria. Puesto que el Partido Conservador que se fusionó con los liberales era ya diferente al que había sido, el hecho de que el Partido Nacional obtuviera el 20% de los votos en 1969, esto es, una pérdida de entre un 10 y un 15% respecto a lo que los liberales y conservadores habían obtenido en los treinta y los cuarenta, debe estimarse como un resultado normal.

Sin embargo, el nexo entre la Iglesia y el Partido Demócrata Cristiano adquirió una forma distinta a la que había tenido antes el vínculo entre la Iglesia y el Partido Conservador. Puede describirse como uno de afinidad estrecha —dada la base ideológica social cristiana de la doctrina del nuevo partido, la amistad de los líderes partidarios con la nueva jerarquía, de talante más progresista—, pero en ningún caso como un nexo orgánico similar al que la Iglesia había tenido con el Partido Conservador. La nueva relación era producto del hecho de que los falangistas y social cristianos se habían desarrollado independientemente de la voluntad de la antigua jerarquía, e incluso riñendo con ella, y de una decisión de la Iglesia de no involucrarse en política apoyando claramente a un solo partido católico. Por ello, la Democracia Cristiana no se sentía obligada a implementar decisiones y opciones hechas por el arzobispo. El partido rehusó identificarse como un partido “católico” e indicó explícitamente

⁶³ Brian Smith, *The Church and Politics in Chile: Challenges to Modern Catholicism* (Princeton: Princeton University Press, 1981), pp. 120-121.

que era no-confesional, aunque derivaba su inspiración de las doctrinas y pensadores cristianos (especialmente católicos). Como tal, el crecimiento del partido no estuvo —o lo estuvo en mucho menor grado— limitado por sus afinidades estrechas con la Iglesia católica, a diferencia de lo que ocurrió con los conservadores por sus nexos más directos con ella. Los demócratacristianos pudieron incluir a líderes, militantes y electores que no tenían ni una fuerte afinidad ni una aversión por la Iglesia católica, al igual que a algunos protestantes, judíos y agnósticos. Ello hubiera sido mucho más difícil para los conservadores.

Por lo tanto, aunque la Democracia Cristiana pudo apelar a la identidad católica para generar una base de apoyo electoral dada su base doctrinaria y sus afinidades con la Iglesia, su definición fundamental se convirtió en la de un partido de centro que ofrecía una alternativa entre la derecha y la izquierda, abierta a cualquiera. Dicha actitud fue muy ventajosa al competir con los radicales, quienes a pesar de haber adoptado una postura centrista a partir de 1906, nunca se desembarazaron de su identidad anticlerical y de sus nexos con el movimiento masónico. Debido a ello, los radicales no pudieron atraer militantes (y a muchos electores) para quienes la identidad católica y el respeto al clero eran primordiales. Esto obligó a esos votantes —que hubieran preferido apoyar a un partido más de centro— a mantenerse dentro del campo conservador, quedando así el espacio, por bastante más tiempo del que hubiera transcurrido de otro modo, para un partido de centro vinculado a la identidad católica ampliamente disponible. Inversamente, los radicales atrajeron a su vez a muchos votantes que eran nominal o moderadamente católicos, pero que rechazaban los enfoques políticos de la jerarquía tal y como ellos eran instrumentalizados por el Partido Conservador. Este no era un voto libre-pensador o anticlerical duro. En otras palabras, curiosamente, parte del apoyo tanto de los radicales como de los conservadores dependía de la ausencia de un partido católico viable y de centro como de la presencia del Partido Conservador como un instrumento de la Iglesia. Cuando los conservadores se debilitaron, cuando la Iglesia cambió y cuando emergió un nuevo partido desde el segmento católico, con enfoques socioeconómicos más progresistas y una mayor distancia de la Iglesia, los radicales y los conservadores tuvieron dificultades para seguir captando el voto de estos segmentos de su electorado cuyo apoyo era blando.

La Democracia Cristiana contaba, por ende, con la mejor de las situaciones posibles: primeramente, el espacio político del centrismo ligado a una identidad católica estaba abierto a ellos. Y, secundariamente, la distancia relativa de la Democracia Cristiana respecto de la Iglesia (al igual

que su emergencia en una época en que los conflictos clericales/anticlericales tenían poca relevancia) significó que no crearon una barrera, salvo para los librepensadores y anticlericales más decididos, a la absorción de militantes y electores, no católicos o católicos moderados, que antes gravitaban hacia el Partido Radical dada su proclividad anticlerical y/o su rechazo a las tendencias derechistas del Partido Conservador. Por tanto, luego que la Democracia Cristiana creciera hasta principios de los años sesenta por la vía de absorber militantes y votantes católicos que estaban previamente al alcance del Partido Conservador dada su cercanía a la Iglesia, siguió expandiéndose, absorbiendo parte de las bases de apoyo del Partido Radical (incluyendo la de los nuevos votantes cuya inclinación normal hubiera sido la de optar por los radicales). Los radicales se habían recuperado bastante bien del 13,3% de la votación que habían obtenido cuando se dio el auge ibañista en 1953, obteniendo cerca del 22% —el porcentaje habitual de las cuatro décadas previas— en las elecciones de 1957 y 1961. Pero fueron incapaces de recuperarse del auge democratacristiano de 1965, cuando obtuvieron el 13,7% de los votos: en la contienda de 1969, cayeron incluso un poco más, a un 13,0%. Al final, los radicales probablemente perdieron tantos votos, si no más (y votos potenciales de los nuevos electores), a la Democracia Cristiana que los que perdieron los conservadores, y esto reforzó aún más la imagen no confesional de la Democracia Cristiana. Reducidos a su electorado más fiel, los radicales se dividieron subsecuentemente en un segmento derechista, uno izquierdista y uno centro-izquierdista cuando les tocó decidir, primero, a quién apoyar en la elección presidencial de 1970 y, segundo, si debían permanecer dentro del gobierno de Salvador Allende (1970-1973). Tales divisiones redujeron aún más su base de apoyo electoral.

En suma, el ascenso de la Democracia Cristiana produjo una reestructuración del sistema partidario que afectó a la composición de la derecha y del centro. Tales cambios, en los años cincuenta y los sesenta, ocurrieron al mismo tiempo que se dio una tremenda ampliación del electorado. Las mujeres obtuvieron finalmente en 1949 el derecho a voto en las elecciones presidenciales y parlamentarias, pero los aumentos más dramáticos en cuanto a cifras de votantes se derivaron de las reformas de 1962, que hicieron obligatorios tanto la inscripción para votar como el acto mismo del voto. El bajo número de votantes de las décadas previas seguía debiéndose, ante todo, a la elevada proporción de la población en condiciones de votar que no se molestaba en inscribirse para hacerlo y al número, también considerable, de aquellos que no acudían a votar el día de la elección. De hecho, la población susceptible de votar que se abstenía de

inscribirse y votar aumentó incluso, en términos relativos, en comparación con el período anterior a 1925. Las elecciones presidenciales atraían un número ligeramente mayor de votantes, pero en la contienda de 1946, por ejemplo, de la población susceptible de votar consistente en 1,05 millones de varones alfabetizados mayores de 21 años, sólo 631.257 (el 60,1%) se inscribieron y 479.310 votaron realmente (un 75,9% de quienes se habían inscrito y un 45,6% de quienes podían hacerlo).⁶⁴ En 1961, tras una década de sufragio femenino, 1.385.676 hombres y mujeres emitieron su voto, cifra que subió fuertemente a 2.353.123 en 1965, reflejando el impacto del voto obligatorio.⁶⁵ El número de votantes aumentó levemente a 2.388.016 en 1969 (un aumento limitado por el hecho de que ese año se abstuvieron cerca de 290.000 electores más que en 1965) y subió claramente a 3.687.105 en 1973, al declinar las abstenciones y dadas nuevas reformas electorales que redujeron la edad de votación a 18 años e incorporaron a los analfabetos.⁶⁶ Los analistas han usado estas cifras para explicar una variada gama de cambios políticos y del sistema partidario durante esa década.⁶⁷

⁶⁴ Erika Maza Valenzuela calculó la población susceptible de votar a partir de las cifras del censo, deduciendo el número de varones alfabetizados entre los 8 y los 21 años del total de varones alfabetizados y ajustando esa cifra para dar cuenta del crecimiento de la población alfabetizada entre los censos; el Cuadro N° 1, capítulo 5, de “Women’s Suffrage and Party Politics in Chile, 1874-1953. Feminism, Catholicism, and Democracy”, tesis de doctorado en filosofía de próxima aparición, St. Antony’s College, Oxford University. Las cifras de la población susceptible de votar incluidas en Ricardo Cruz Coke, *Historia electoral de Chile* (Santiago de Chile: Editorial Jurídica, 1984), p. 37, son poco confiables. Las cifras de los votantes inscritos y votantes reales en 1946 aparecen en Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 541.

⁶⁵ Tales cifras han sido calculadas en base a los datos de *Estadísticas electorales*, Oficina de Informaciones, p. 10, para el número de votos válidos; y Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 622, para el número de papeletas nulas y válidas.

⁶⁶ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 621 y 671.

⁶⁷ Muchos analistas, especialmente de derecha, han argumentado que el auge de la izquierda se debió a la expansión del electorado. Dicha tesis no es compatible con el hecho de que los partidos de izquierda apenas si incrementaron sus porcentajes de voto en los años 60 (como se ve en el Cuadro N° 1) y que Salvador Allende recibió menos apoyo en 1970 (36,2% que el que obtuvo en 1964 (38,6%) como candidato presidencial. Esa tesis fue divulgada por Jaime Guzmán en “El camino político”, *El Mercurio*, 26 de diciembre de 1981, pp. C-4 y C-5.

Para una perspectiva similar, pero empleando fuentes más amplias, véase Henry Landsberger y Timothy McDaniel, “Hypermobilization in Chile, 1970-73”, *World Politics*, 28, 4 (julio 1976).

CUADRO N° 2 CORRELACIONES ENTRE LA VOTACIÓN OBTENIDA POR LOS PARTIDOS CHILENOS EN CADA COMUNA Y EL AUMENTO DEL TAMAÑO DEL ELECTORADO (1957-1973)

Partido	Aumentos en el tamaño del electorado entre:				
	1957-1961	1961-1965	1961-1969	1961-1973	1969-1973
Comunista	.40	.08	.04	-.10	-.01
Socialista	.11	.04	.12	.13	.09
Radical	.08	-.13	-.17	—	—
Demócrata					
Cristiano	-.11	.25	-.12	.06	-.09
Conservador	-.15	-.08	—	—	—
Liberal	-.08	-.16	—	—	—
Nacional	—	—	.05	1,2	-.07

Fuente: Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, "Party Opposition to the Military Regime", en J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela, eds., *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1986), p. 196. No fueron calculadas las correlaciones con el voto radical después de 1969, dadas las divisiones sufridas por el partido.

¿No podría explicarse, al menos en parte, el ascenso de la Democracia Cristiana por este aumento de la población electoral?⁶⁸ Si la respuesta fuera afirmativa, debiera haber correlaciones positivas entre los incrementos en el número de electores y el voto (también en alza) democratacristiano, y negativas entre el aumento del electorado y, especialmente, los partidos de derecha y los radicales. Pero éste no es, en general, el caso, como se aprecia en el Cuadro N° 2.

Pese a la tremenda expansión en las dimensiones del electorado, la única correlación de alguna significación es la de .40 entre el voto comunista y el incremento del número de electores entre 1957 y 1961. Dicho resultado era de esperarse, dado el retorno de muchos votantes comunistas a las urnas luego de que se habían abstenido o habían estado excluidos del registro electoral durante el período 1949-1958, cuando el partido estuvo proscrito. Existe una pequeña correlación de .25 entre el voto democratacristiano y el incremento del electorado entre 1961 y 1965, pero dado el dramático aumento de los votos del partido y la casi duplicación del electorado en aquellos años (con aumentos incluso mayores en el voto

⁶⁸ Este argumento ha sido planteado especialmente por Timothy R. Scully, *op. cit.*, pp. 106-107, quien aspira a refutar la noción desarrollada en J. S. Valenzuela, *Democratización vía reforma*, *op. cit.*, pp. 41-49, de que el sistema partidario chileno estaba "completo" antes de los años 50.

de las mujeres, que tendían a favorecer al partido), éste es un resultado débil. Las correlaciones entre el voto democratacristiano y el aumento del electorado en los períodos 1957-1961 (-.11), 1961-1969 (-.12), 1961-1973 (.06) y 1969-1973 (-.09) son básicamente planas y, salvo una de ellas, son incluso de signo negativo. El signo negativo de la correlación entre los votos democratacristianos y los incrementos en el número de votantes entre 1961 y 1969 es especialmente interesante. Revela que la ligera correlación de .25 detectada entre las variables en el período de 1961 a 1965 resultó de una ola efímera de votación pro democratacristiana en 1965, producto del efecto “luna de miel” de Frei, efecto que desaparecería después a medida que los electores volvieron (o escogieron por primera vez) a partidos afines a sus lealtades más perdurables. Todas las restantes correlaciones entre esas variables y los partidos Comunista, Socialista, Radical, Conservador, Liberal y Nacional son notablemente planas. En otras palabras, todos los partidos obtuvieron apoyo de los nuevos votantes a lo largo del país, y el reducido tamaño del electorado en las décadas previas no reflejaba un sesgo sistemático en contra de ningún partido en particular.⁶⁹

El examen de las cifras brutas obtenidas por los diferentes partidos entre esos años nos brinda una impresión distinta, pero engañosa. Ciertamente, si el electorado aumenta en un millón entre 1961 y 1969, y el voto democratacristiano salta en esos mismos años de 213.559 a 716.547, en tanto el voto radical aumenta sólo de 296.704 a 313.559, esto significa incuestionablemente que los democratacristianos han captado un mayor número de nuevos electores que los radicales.⁷⁰ Pero, dado el hecho de que las correlaciones entre los incrementos en tamaño del electorado por comunas entre 1961 y 1969 y el voto por aquellos partidos en 1969 son ligeramente negativas, como puede verse en el Cuadro N° 2, ello indica que *no es la variable del “nuevo votante” lo que está explicando el crecimiento del voto democratacristiano*. La ausencia de correlación entre tales cifras refuerza la explicación alternativa, a saber, que la mayor alza

⁶⁹ A esta conclusión se llega también en A. Valenzuela y J. S. Valenzuela, “Party Oppositions”, *op. cit.*, p. 196.

⁷⁰ Estas cifras aparecen en Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, pp. 578, 584-585. No debe olvidarse que, dada la mortalidad del electorado y la incorporación de nuevos contingentes dentro de ese mismo electorado, las cifras de nuevos votantes democratacristianos y radicales en 1969 son mucho mayores que la diferencia entre los totales de voto indicados. Agradezco a Eugenio Ortega Frei sus observaciones a un borrador inicial de este artículo, que me condujeron a reescribir esta sección.

en el voto demócratacristiano se dio por un realineamiento del apoyo electoral (y del apoyo electoral potencial de quienes no votaban antes) desde los partidos preexistentes hacia la Democracia Cristiana. La creación del Partido Demócrata Cristiano otorgó una nueva denominación partidaria al espacio político predefinido que combinaba posturas socioeconómicas reformistas con una subcultura generalmente católica; este espacio había ya sido ocupado de manera incipiente por los segmentos social cristianos que se desarrollaron desde 1920, si no antes, dentro del Partido Conservador. Los enfoques y los compromisos de muchos líderes y militantes del Partido Conservador —y de algunos sacerdotes importantes— a principios del siglo veinte no correspondían a los habitualmente asociados con la derecha: rechazaban el capitalismo liberal y buscaban crear sindicatos y otras organizaciones de los sectores populares.⁷¹ Pero el ascenso de la Democracia Cristiana reflejaba también, paradójicamente, una secularización de la política chilena y en ese contexto un partido que hacía hincapié en el anticlericalismo, como el Radical, perdía buena parte de su razón de ser. La Democracia Cristiana podía conseguir adherentes dentro del segmento anteriormente radical del electorado chileno, cosa que los conservadores no podían hacer.

La Democracia Cristiana tuvo también bastante éxito en forjarse una base dentro del movimiento sindical urbano, en las organizaciones de trabajadores rurales que se hicieron posible después de la promulgación en 1967 de la ley de sindicalización campesina, en las poblaciones marginales, los sindicatos de empleados de cuello blanco y las asociaciones profesionales y estudiantiles. En los primeros tres casos, rivalizaban fundamentalmente con los partidos de izquierda y generalmente consiguieron formar el mayor bloque de dirigentes asociados a un solo partido en todos los frentes a mediados y fines de los años sesenta, aunque los socialistas y comunistas en conjunto tenían más fuerza. Entre los trabajadores de cuello blanco, los demócratacristianos desplazaron a los radicales como el partido de mayor número de adherentes y obtuvieron resultados significativos, aunque variables, en las muchas asociaciones profesionales y estudiantiles. Por ende, el partido no sólo tuvo un éxito electoral, sino que pudo arraigar en el tejido social en áreas distintas a aquellas ligadas de algún modo a la Iglesia.

⁷¹ Acerca de los esfuerzos de la Iglesia y algunos conservadores para crear sindicatos, véase Homero Ponce Molina, *Historia del movimiento asociativo laboral chileno*. Primer Tomo: *Período 1838-1973* (Santiago de Chile: Editorial Alba, 1986).

Los esfuerzos de la Democracia Cristiana para aumentar su presencia tanto en la sociedad organizada como electoralmente provocaron inevitablemente el choque del partido con todos los demás. Frei había sido elegido con una mayoría de votos en la medida que los partidos de derecha le dieron su apoyo incondicional en lugar de arriesgarse a una victoria de la izquierda. Una vez en el gobierno, Frei optó por no formar coaliciones ministeriales con otros partidos, pese a carecer de una mayoría en el Senado, conduciendo así al primer gobierno de partido único desde mediados del siglo diecinueve. Dadas estas circunstancias, las relaciones entre la Democracia Cristiana, desde ya muy ásperas con la derecha, se hicieron también reñidas con los radicales y con la izquierda, segmentos que habían sido en décadas anteriores aliados de la Falange. Con la cristalización de un partido más derechista a la derecha del espectro, con una falta sin precedentes de cooperación y acuerdo entre los partidos centristas, con la caída del voto democratacristiano hacia un nivel más “normal” de apoyo en 1969, con el desarrollo de segmentos cristianos de izquierda que se escindieron de la Democracia Cristiana para unirse a fuerzas de izquierda, y con el éxito de la tendencia más izquierdista y proclive a la revolución cubana dentro del Partido Socialista a partir de su congreso de Chillán en 1967, el sistema partidario se fue polarizando progresivamente a fines de los sesenta.⁷² Dicha polarización alcanzó después de 1958 un grado mayor que nunca antes. El eje socioeconómico se había convertido, lejos, en la dimensión predominante para la diferenciación interpartidaria, ya que no sólo había decrecido el conflicto clerical/anticlerical, sino que también, por primera vez desde la génesis del sistema partidario en la década de 1850, no había después de Ibáñez ningún partido organizado para apoyar a una figura política destacada o su legado. Tales partidos, como el Liberal Democrático, habían agregado en el pasado una tercera dimensión a la diferenciación partidaria, mitigando así la polarización entre los partidos en los ejes basados en diferencias societales y brindando nuevas posibilidades de coalición.

A fines de la década de los sesenta, una mayoría del Partido Radical se vio impulsada, por la disminución de su votación, a aliarse con la izquierda para las elecciones presidenciales de 1970, en tanto la derecha optó por presionar a favor de la candidatura del antiguo presidente Jorge Alessandri sin siquiera considerar la posibilidad de apoyar de nuevo a un

⁷² Véase Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democracy*, op. cit., para un análisis del colapso de la democracia chilena que se basa ante todo en los efectos de la polarización del sistema partidario.

democratacristiano. El resultado fue el triunfo por estrecho margen de la candidatura de Salvador Allende con una coalición cuyo núcleo estaba formado por los partidos Socialista y Comunista, a los cuales se habían unido lo que quedaba del Partido Radical, los cristianos de izquierda y otros grupos reducidos, todos ellos como elementos periféricos.

Pese a adoptar por lo general una actitud de apoyo al gobierno de Allende al comienzo de su período, los democratacristianos se vieron pronto impulsados a hacer una alianza electoral con la derecha, en un intento por evitar un drenaje de los votos opositores a costa de su partido. Esta alianza se desarrolló primero en elecciones complementarias para llenar vacantes en la Cámara de Diputados y se estableció también para las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Por primera vez, el electorado debía optar entre candidatos organizados en dos “partidos” inscritos como tales con fines electorales, la Confederación Democrática a la derecha y la Unidad Popular a la izquierda. Nunca antes había estado el sistema de partidos tan polarizado, puesto que las fuerzas extremas en los dos bloques pudieron imponer en gran medida los términos del debate político. El objetivo del bloque opositor era el de conseguir una mayoría de dos tercios para destituir a Allende, pero quedó muy lejos de esta meta, al obtener el 54,6% de los votos.⁷³ En los meses que siguieron, se articuló el pronunciamiento militar que derrocó al gobierno e instauró un régimen autoritario.

El sistema partidario chileno luego del retorno a la democracia

Aun cuando el gobierno militar encabezado durante casi diecisiete años por el general Augusto Pinochet prohibió toda actividad partidaria y las elecciones, los partidos y el sistema partidario sufrieron cambios significativos, surgieron nuevas denominaciones partidarias, las coaliciones de partidos se configuraron en función de su apoyo o su rechazo al gobierno militar y su legado, y se desarrolló un consenso mucho más amplio entre los dirigentes de los partidos y los militantes respecto a las políticas económica y social y el valor de la democracia. En consecuencia, el nuevo sistema partidario chileno ha incorporado fuerzas centristas, en la medida que los partidos buscan proyectar una imagen de moderación y se enfatiza la importancia de realizar cambios en forma mesurada e incremental. No se

⁷³ Urzúa Valenzuela, *op. cit.*, p. 671.

puede ya caracterizar al sistema de partidos chileno como uno que calza con el tipo de “extrema polarización” definido por Sartori.⁷⁴

Las nuevas etiquetas partidarias

En la derecha surgieron dos nuevas e importantes etiquetas partidarias (al igual que varias otras denominaciones menores de grupos de extrema derecha). Ellas (Renovación Nacional y la Unión Demócrata Independiente) han sustituido al Partido Nacional como principales representantes de esta tendencia. Los orígenes de ambas se remontan a los acontecimientos de 1983, cuando se inició una fuerte ola de protestas en contra del régimen militar. La derecha pensó entonces que el proyecto político del gobierno de generar una nueva “mentalidad” en el país que habría de modificar por completo las lealtades políticas de la población iba camino del fracaso, y comenzó a buscar fórmulas para facilitar una transición desde el régimen militar. Renovación Nacional aglutinó en esencia a los remanentes del antiguo Partido Nacional con una nueva generación de líderes que buscaba crear un partido de “centroderecha”. La noción básica era que el régimen militar debía abrirse al diálogo constructivo con la oposición para forjar acuerdos que facilitarían un retorno a la democracia. La Unión Demócrata Independiente está formada ante todo por una nueva generación de líderes que surgieron en el seno de la administración del gobierno militar. Ideológicamente, constituye una mezcla inusual del pensamiento social católico más conservador con ciertas orientaciones neoliberales de política económica y social. Rechazando cualquier posible desviación del programa político y del marco legal-constitucional diseñado por el régimen militar, se rehusó siquiera a considerar la posibilidad de un debate en la materia con las fuerzas de oposición. La Unión Demócrata Independiente se niega a que se la identifique con la derecha “tradicional”, una etiqueta que considera despectiva y que atribuye más bien a Renovación Nacional.⁷⁵ Dice contar con una base urbana y popular y adherir con firmeza a ciertos principios.

⁷⁴ Sartori, *op. cit.*

⁷⁵ Véase Leopoldo Núñez Tomé, “La renovación ideológica en la Unión Demócrata Independiente”, en Gustavo Cuevas Farren, ed., *La renovación ideológica en Chile. Los partidos y su nueva visión estratégica* (Santiago de Chile: Instituto de Ciencia Política, 1993), p. 99.

Pese a sus diferencias, durante el plebiscito de 1988, impuesto por la Constitución de 1980 del propio régimen autoritario para permitir que Pinochet continuara su gobierno por otro período de ocho años, tanto Renovación Nacional como la Unión Demócrata Independiente llamaron a votar “sí”. En las posteriores elecciones presidenciales, parlamentarias y municipales, ambos partidos han hecho pactos electorales. En la nueva democracia, la Unión Demócrata Independiente ha sido habitualmente la más abierta defensora del legado del régimen militar y de las prerrogativas de los propios militares en la nueva institucionalidad. Renovación Nacional se ha mostrado más dispuesta a considerar algunos cambios, pero se resiste aún a apoyar modificaciones en aspectos controvertidos del marco constitucional de 1980, como el grado sin precedentes de autonomía militar, la restricción del derecho presidencial a cambiar a los comandantes en jefe de las fuerzas armadas, o la influencia de los militares en la designación de los miembros del Tribunal Constitucional. Por primera vez en su historia, el sistema partidario chileno cuenta con partidos que han establecido lazos estrechos con los militares y ello podría tener inquietantes implicancias para el futuro de la democracia en el país.

Una tercera denominación partidaria de derecha, pese a que insiste en una ambigüedad calculada respecto a su postura y hace un discurso populista, es la Unión de Centro Centro (ahora Unión de Centro Centro Progresista). Ha sido un instrumento para las ambiciones políticas de Francisco Javier Errázuriz, un empresario que se presentó como candidato a la presidencia en 1989. Dado el hecho de que el nuevo sistema electoral, que analizaremos en seguida, premia la formación de pactos, Errázuriz incorporó a su partido dentro de la alianza de derecha en 1993, obteniendo así un escaño senatorial para sí mismo y contribuyendo con al menos algunos votos de su partido a lo largo del país a elegir a candidatos de Renovación Nacional y de la Unión Demócrata Independiente.

Una cuarta formación, también nueva, es el Partido por la Democracia. Sus orígenes se vinculan a la legislación de 1987 aprobada por el gobierno militar respecto a los partidos políticos. Los partidos de izquierda sugirieron originalmente que la oposición debía inscribir una única denominación partidaria “instrumental”, ateniéndose a las restricciones contenidas en la ley, pero los demócratacristianos y los radicales se adelantaron e inscribieron sus partidos con sus propias denominaciones. La proscripción constitucional de los partidos marxistas que se levantó con los cambios aprobados en 1989, impidió que los comunistas se inscribieran y había dudas acerca de si algunos segmentos del entonces dividido Partido Socialista podrían hacerlo. Por ende, con la declaración de principios y las

firmas requeridas, los dirigentes socialistas siguieron adelante y dieron existencia legal al Partido por la Democracia como un medio de incluir a todos los segmentos socialistas, desde cristianos hasta marxistas, en la campaña plebiscitaria. Posteriormente, otros dirigentes socialistas crearon una nueva formación “instrumental” con miras a forjar un pacto electoral con otros grupos de izquierda, incluyendo a los comunistas, para las elecciones parlamentarias de 1989. Con esta iniciativa, los partidos de oposición al régimen militar presentaron candidatos a parlamentarios en dos pactos: uno con la Democracia Cristiana, radicales y el Partido por la Democracia, y otro con los sectores socialistas ubicados generalmente más a la izquierda y con los comunistas. Ambos pactos se unieron en unos pocos distritos a través de acuerdos de “omisión”, esto es, presentando un solo candidato y no dos. Así, los electores que se oponían al régimen militar podían elegir a un candidato de cada pacto opositor en esos distritos. Tras la asunción del gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994), los líderes socialistas y comunistas dieron nuevamente existencia legal a sus respectivas denominaciones partidarias, abandonando la “instrumental”. Sin embargo, el Partido por la Democracia había adquirido vida propia y se convirtió en un partido real y no en una mera ficción con fines electorales. Muchos socialistas militaban en el Partido por la Democracia y en el Partido Socialista, pero a mediados de 1992 un acuerdo entre ambas colectividades obligó a los militantes a optar entre una y otra. En general, el Partido por la Democracia incluye un segmento mayor de militantes (algunos de ellos antiguos radicales y cristianos de izquierda) con escaso apego a los símbolos y la historia del Partido Socialista y/o que nunca se percibieron a sí mismos como marxistas. Los últimos tendieron a gravitar hacia la etiqueta socialista.

Alianzas partidarias

Aunque la Democracia Cristiana se unió a la derecha en la oposición al gobierno de Allende y sus relaciones con la izquierda se volvieron muy agrias, tras el golpe militar ambos sectores comenzaron a dejar lentamente de lado sus diferencias y a colaborar para organizar a la oposición al régimen autoritario.⁷⁶ En muchos sentidos, dicha colaboración surgió al

⁷⁶ Puede encontrarse un análisis paso a paso de los contactos, debates y acuerdos forjados por los partidos de oposición en Eugenio Ortega Frei, *Historia de una alianza* (Santiago de Chile: CED-CESOC, 1992).

principio de iniciativas asumidas por los militantes de base antes que por los líderes de la cúpula partidaria. Solía ocurrir que esos militantes de base se descubrieran trabajando juntos, a menudo bajo el alero de la Iglesia católica, en defensa de los derechos humanos, organizando “ollas comunes” para los cesantes, reagrupando a las organizaciones sindicales para proteger de algún modo a los trabajadores de los efectos de las nuevas políticas económicas, restableciendo las asociaciones estudiantiles y así sucesivamente.⁷⁷ Al comienzo, los dirigentes políticos tuvieron dificultades para asumir iniciativas, vistas las divisiones que subsistían al interior de los partidos en relación con los hechos que condujeron al golpe militar y también al exilio obligado de muchos. Sin embargo, grupos de intelectuales de distintos partidos desarrollaron contactos a través de sus múltiples institutos de investigación, los expertos constitucionales se reunieron para debatir alternativas a las iniciativas legislativas y constitucionales del gobierno y, con el inicio de las protestas masivas en contra del régimen militar en mayo de 1983, los partidos de oposición comenzaron a buscar activamente acuerdos de base amplia, incluso con grupos de derecha, para presionar en favor de la democratización. El Partido Comunista se excluyó a sí mismo de tales acuerdos, prefiriendo una estrategia que incluía la fuerza de las armas. Las iniciativas de la oposición democrática culminaron en la creación de una alianza para derrotar a Pinochet en el plebiscito de 1988 y elegir a Aylwin como presidente, al igual que en la presentación de una lista común de candidatos parlamentarios, en las campañas de 1989.

Aunque la unidad de la oposición se forjó principalmente por su rechazo del régimen militar, ella se vio facilitada por los cambios en los distintos segmentos del Partido Socialista. Los dirigentes criticaron lo que veían como sus propios errores durante el gobierno de Allende, y la experiencia del exilio en la antigua Europa del Este, como también en la Occidental, los expuso a los fracasos del socialismo “real”, a los logros de la social democracia, y los llevaron a una valoración de la democracia como régimen de gobierno. Tales actitudes arraigaron antes del colapso de los regímenes comunistas de Europa Oriental en 1989. El Partido Comunista también sufrió muchas deserciones de sus filas por razones similares.

⁷⁷ Véase Arturo y J. Samuel Valenzuela, “Party Oppositions under the Chilean Authoritarian Regime”; Manuel Barrera y J. Samuel Valenzuela, “The Development of the Labor Movement Opposition to the Military Regime”; y Brian Smith, “Old Allies, New Enemies: The Catholic Church as Opposition to Military Rule in Chile, 1973-1979”, en J. Samuel Valenzuela y Arturo Valenzuela, eds., *Military Rule in Chile: Dictatorship and Oppositions* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1986).

Por ende, los socialistas se alejaron en su postura de la retórica revolucionaria de fines de los sesenta y comienzos de los setenta y, con un Partido Comunista debilitado y adherido a la ortodoxia, el Partido por la Democracia y el Partido Socialista se convirtieron en las principales fuerzas de una izquierda chilena renovada. Una alianza anteriormente inconcebible de demócratacristianos y socialistas pudo, así, generar el núcleo básico de la oposición al régimen militar y, luego, del gobierno de transición democrática.

Las leyes electorales dictadas por las autoridades militares son, como hiciéramos notar, un factor de presión sobre los partidos para que formen pactos electorales. Todos los distritos para el Senado y la Cámara baja cuentan con dos representantes y los partidos pueden incluir en su lista un máximo de dos candidatos para llenar los cargos. Los electores emiten sus preferencias por candidatos individuales, pero los votos se cuentan primero por lista partidaria. Si la lista ganadora obtiene más del doble de los votos de la próxima lista más votada, la mejor situada elige a ambos candidatos. De no ser así, elige a sólo uno, con la segunda posición yendo al candidato que obtiene la más alta votación en la segunda lista más votada. De este modo se hace posible, como ha ocurrido frecuentemente, que el segundo candidato elegido gane pese a haber obtenido menos votos que el candidato ubicado en segundo lugar en la lista ganadora. Si hay sólo dos listas, basta que una de ellas tenga un tercio de los votos para asegurarse de elegir a un candidato. Por ende, la ley electoral fue diseñada para favorecer a los partidos de derecha, puesto que se esperaba generalmente de ellos, vistos los resultados del plebiscito de 1988, que obtuvieran un voto combinado de menos de la mitad, pero más de un tercio, del total. Esto se ha visto corroborado por los resultados electorales.

Con este régimen electoral aplicado a un sistema multipartidario en el que ningún partido cuenta con más de un tercio del voto, si los partidos con posiciones afines deciden ir separadamente se arriesgan a perder muchos escaños frente a sus adversarios si éstos acuerdan unir sus fuerzas. Es, con todo, más fácil que los partidos de derecha unan sus fuerzas a que lo hagan los partidos que se oponían al régimen militar, una vez que éste ha desaparecido. Hay más tendencias dispares entre los últimos, desde la centroderecha a la izquierda y desde una subcultura religiosa a una librepensadora, que entre los primeros. En las elecciones parlamentarias de 1989 hubo de hecho una sumatoria mayor de votos opositores; pero ese resultado se dio por las incertidumbres de la transición. En las elecciones parlamentarias de diciembre de 1993, las primeras elecciones normales con esta normativa electoral binominal, la principal coalición en apoyo del

gobierno de Aylwin, la Concertación de Partidos por la Democracia no pudo elegir 9 diputados dada la existencia de una lista rival formada por comunistas y otros grupos de izquierda, en tanto el pacto de derecha, con los votos de la Unión de Centro, pudo obtener 5 escaños adicionales.⁷⁸ El Partido Comunista aspiraba a captar el voto potencial de la izquierda descontenta con la transición y con el gobierno. Irónicamente, por esa vía le negó, con toda probabilidad, el margen suficiente de votos a la Concertación para que obtuviera las necesarias mayorías parlamentarias para cambiar la Constitución en muchos de los aspectos que los propios comunistas criticaban como inapropiados.

Con el nuevo patrón de alianzas, y con el consenso mucho más amplio en torno a la política socioeconómica, el sistema partidario del actual período es más afín al que había a mediados de los años cuarenta que al de los sesenta o principios de los setenta. El eje de la alianza gobernante se sitúa de nuevo en una combinación de centro y centroizquierda, salvo que en la actualidad el partido de centro más relevante es el que surgió de la subcultura católica y no de la anticlerical.

Continuidades en los patrones de voto

Antes del régimen militar, los analistas podían advertir fácilmente, a partir de los años treinta, ciertas continuidades de una elección a otra en el apoyo electoral a las distintas tendencias políticas, agrupadas en bloques de derecha, centro e izquierda.⁷⁹ Dicha continuidad se manifestaba incluso cuando cambiaban las denominaciones partidarias, aunque a veces ello significara —como cuando se agrupaban radicales y demócratacristianos en el bloque de centro— encubrir diferencias significativas que no eran captadas por el posicionamiento de derecha a izquierda de los partidos en el eje socioeconómico.

⁷⁸ Estas cifras fueron calculadas sobre la base de los resultados electorales publicados por *La Segunda*, Santiago, 12 de diciembre de 1993. Ellas presumen que, al hacer un subpacto con la lista hegemonizada por los comunistas, no habría una deserción de los votantes de la Concertación hacia la derecha en número suficiente para modificar estos cálculos.

⁷⁹ Véase, por ejemplo, Robert Ayres, “Unidad Popular and the Chilean Electoral Process”, y James Prothro y Patricio Chaparro, “Public Opinion and the Movement of the Chilean Government to the Left”, en Arturo Valenzuela y J. Samuel Valenzuela, eds., *Chile: Politics and Society* (New Brunswick, N. J.: Transaction Books, 1976).

El análisis de las elecciones actuales sigue mostrando esas continuidades en los patrones de votación.⁸⁰ En el Cuadro N° 3, se han agrupado los resultados de las elecciones municipales de 1992 en bloques que van de la derecha a la izquierda, como si las alianzas partidarias fueran las mismas que en 1970, esto es, antes de que la Democracia Cristiana se uniera a la derecha para oponerse al gobierno de Allende, pero luego que los radicales (o lo que quedaba de su partido) se habían unido a la izquierda tanto de hecho como en su retórica. Para fines comparativos, es mejor usar los resultados municipales de 1992, pues no se empleó el sistema electoral binominal en esta elección. El sistema binominal sesga los resultados, de modo que se hacen difíciles las comparaciones con los patrones previos de votación.

Los resultados de 1992, incluidos en el Cuadro N° 2, son notablemente consistentes con la votación promedio anterior por tendencia. La votación de la derecha en 1992, de un 29,9%, es virtualmente la misma que la votación parlamentaria promedio entre 1937 y 1973, y si se añade a ella la votación de la Unión de Centro, el total es sólo levemente superior al voto de la derecha en la elección presidencial de 1970. El voto demócratacristiano de 1992, un 28,9%, es casi igual a los votos parlamentarios del partido en 1969 y 1973, y a su votación en la elección presidencial de 1970. Al añadirle todos los votos centristas de 1992, se obtiene un resultado, 36,3%, muy cercano al 39,7% obtenido por el centro desde 1937 a 1973. Finalmente, el total de votos de 1992 para los partidos de izquierda es de un 24,3%, virtualmente el mismo que su promedio entre 1937 y 1973, de un 24,2%. El voto radical, más reducido, explica buena parte de la diferencia, de -6,6%, entre el voto que hubiera obtenido la alianza de la Unidad Popular en 1992 y el resultado alcanzado por Allende en 1970 (36,2%).

Las correlaciones de voto en las elecciones previas al golpe militar y las actuales revelan a su vez ciertas continuidades muy sorprendentes. Así, al sumarse los votos obtenidos por los candidatos demócratacristianos y de la Unidad Popular en la elección presidencial de 1970 —simulando así la alianza de la Concertación en 1989 con los resultados de ese año—, la correlación de esa sumatoria con la del voto de la Concertación en la elección presidencial de 1989 es de .61, y con el voto del principal candi-

⁸⁰ Este acápite resume una sección del trabajo de Timothy R. Scully (C.S.C.) y J. Samuel Valenzuela, "De la democracia a la democracia: Continuidad y variaciones en las preferencias del electorado y en el sistema de partidos en Chile", *Estudios Públicos*, 51 (invierno 1993).

CUADRO N° 3 UNIDADES DE LOS RESULTADOS ELECTORALES EN CHILE (1937-1992)*

Partidos de 1992 agrupados según las alianzas de 1970**	Votación en 1992 por lista partidaria	Votación en 1992 por alianzas de 1970	Votación presidencial de 1970	Promedio de votación parlamentaria de 1937 a 1973***
Derecha				
R.N.	13,4			
U.D.I.	10,2			
Independientes	6,0			
P.L.	0,2			
P.N.	0,1			
Total de la Derecha		29,9	34,9	30,1
Derecha +U.C.C.	38,0			
Centro:				
P.D.C.	28,9			
Independientes	0,5			
Total del Centro		29,4	27,8	
Centro +P.R.+ A.H.-V.+S.D.	36,3			39,7
Izquierda				
P.P.D.	9,2			
P.S.	8,5			
P.C.	6,6			
P.R.	4,9			
S.D.	0,4			
Independientes	0,0			
Total de la Izquierda (Ex UP)		29,6	36,2	
P.P.D.+P.S.+P.C.	24,3			24,2
Otros				
U.C.C.	8,1			
Independientes	2,1			
A.H.V.	0,8			
Total de otros		11,0		
Total de votantes inscritos en 1992		7.840.008		
Total de votos emitidos en 1992		7.028.616		
Total de votos en blanco en 1992			410.982	
Total de votos nulos en 1992		215.423		

* En porcentajes redondeados al decimal más cercano.

** Abreviaciones partidarias: R.N.= Renovación Nacional; U.D.I.= Unión Demócrata Independiente; U.C.C.= Unión de Centro Centro; P.L.= Partido Liberal; P.N.= Partido Nacional; P.D.C.= Partido Demócrata Cristiano; A.H.V.= Alianza Humanista-Verde; S.D.= Socialdemocracia Chilena; P.P.D.= Partido Por la Democracia; P.S.= Partido Socialista de Chile; P.C.= Partido Comunista de Chile; P.R.= Partido Radical de Chile; U.P.= Unidad Popular. Salvo los independientes de la categoría "otros", son identificables por tendencias, según el pacto al que están suscritos con otros partidos, como se advirtió en los resultados electorales.

*** Promedio de votos en elecciones a la Cámara baja. No se consideran los años electorales de 1949, 1953 y 1957 para el promedio del voto socialista y comunista, visto que los candidatos comunistas estaban proscritos.

Fuente: Cifras del Ministerio del Interior para la votación de 1992; Arturo Valenzuela, *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978), Cuadros N° 1 y N° 12.

dato de derecha (Hernán Büchi) es de $-.49$. Ambos resultados van en las direcciones esperadas y son muy llamativos.⁸¹ De modo similar, la misma suma de los votos demócratacristianos y de la Unidad Popular se correlaciona en un $-.53$ con el voto “sí” en el plebiscito de 1988 convocado para decidir si Pinochet seguiría por otro período presidencial en el cargo, y en un $.51$ con el “no”. De nuevo, son resultados consistentes en las direcciones esperadas.⁸²

Obviamente, las continuidades en los patrones de votación enmascaran enormes diferencias en las alianzas partidarias y, en ocasiones, algunos cambios fundamentales en las orientaciones programáticas de los partidos a partir de los años treinta. Por ende, en tanto los niveles de apoyo de las tendencias de izquierda, de centro y de derecha son relativamente constantes y los partidos individuales con fuerzas de base regional conservan dichas fuerzas, ello no implica que los militantes y líderes partidarios no hayan formado sistemas de partidos con dinámicas muy distintas a lo largo de estas décadas.

Conclusiones

Desde su gestación hace un siglo y medio, el sistema partidario chileno —entre los más antiguos del mundo— ha tenido significativas transformaciones que han sido analizadas en este artículo como cinco sistemas distintos. Para concluir, es bueno rememorar sucintamente algunas de las complejidades que han caracterizado al sistema desde que los partidos que lo constituyen desarrollaron un sólido pie organizacional en las décadas próximas al cambio de siglo.

Primero, el sistema ha estado configurado, básicamente, por dos polaridades ideológicas y programáticas, la clerical vs. anticlerical, y la de derecha vs. izquierda en términos de puntos de vista y programas socioeconómicos. La superposición de ambas dimensiones, cada una con sus extremos y un enfoque moderado o centrista, genera un campo de tendencias políticas con nueve combinaciones potenciales de las varias posiciones que los partidos pueden adoptar. Nunca ha habido dentro del sistema partidario algún partido que reflejara en forma pura estas posturas, en parte porque la preeminencia de las dos dimensiones en juego ha variado en el tiempo, al igual que para cada partido en las distintas épocas, permitiéndoles funcionar a horcajadas entre una postura extrema y otra

⁸¹ Scully y Valenzuela, *op. cit.*, cuadro N° 7, p. 217.

⁸² Scully y Valenzuela, *op. cit.*, cuadro N° 6, p. 217.

moderada a lo largo de la dimensión menos prominente. Así, los liberales fueron, después de 1925, un partido claramente de derecha, pero podían incluir militantes y adherentes que iban desde las posturas anticlericales a las moderadamente clericales. Las distintas tendencias políticas encontraban apoyo en la sociedad organizada a través de la Iglesia católica y otras (y las muchas instituciones educacionales, de salud y de acción social a ellas asociadas), los masones, los clubes sociales en los varios estratos de clase, las asociaciones empresariales, los sindicatos y otras organizaciones instrumentales de la fuerza de trabajo asalariado y de los sectores populares, resultando de todo ello la creación de lazos entre los partidos y esas expresiones de la sociedad organizada. Las divisiones étnicas, regionales y societales, aunque estaban presentes en Chile, no se expresaban como tendencias políticas.

Segundo, el fraccionamiento del sistema partidario —ayudado desde 1891 a 1973 por el régimen electoral existente— ha sido tal que en toda época se ha visto a más de un partido, a menudo astillas de un tronco partidario común, compitiendo por el apoyo del electorado y de varios grupos organizados correspondientes a cada tendencia. Hasta mediados de los años treinta, la única excepción a esta regla fue el Partido Conservador, que, dada la influencia en él de la jerarquía católica, fue el único vehículo de la opinión clerical. Esas divisiones podían reflejar diferencias de posicionamiento entre los partidos en cuanto a lo que ambos consideraban la polaridad más relevante, como ocurrió con la rivalidad entre los radicales (de tendencia centroizquierdista) y los socialistas (más a la izquierda) en las asociaciones de empleados de cuello blanco en las décadas de 1930 y 1940, o bien podía derivarse de diferencias en cuanto a que la polaridad que ambos considerarían como menos destacada, como ocurrió con el quiebre entre los social cristianos conservadores (que eran clericales centristas) y los conservadores tradicionalistas (que eran clericales derechistas). Tales divisiones partidarias podían resultar a la vez de conflictos personales entre los dirigentes que los fraccionaban, o del apego de algunos partidos a líderes políticos específicos y/o a sus gobiernos y legados. Este último tipo de fraccionamientos por razones puramente políticas fue tan frecuente en el sistema partidario chileno —solamente no constituyó un factor en los años que van de mediados de los cincuenta hasta 1973— que debiera considerárselo como una dimensión adicional de polaridad, a veces la más relevante, dentro de él. Dado el fraccionamiento del sistema partidario y la complejidad de las razones para la formación de nuevos partidos, es altamente simplista, aunque frecuente en el análisis de la política chilena, el reducir la base social de apoyo de los partidos a una cuestión de clase.

Tercero, aunque el electorado chileno ha mostrado una lealtad considerable a las diversas tendencias políticas (como se aprecia ante todo en la distribución del voto entre derecha, centro e izquierda a contar de 1925), esa lealtad es menos intensa cuando se orienta a partidos específicos. En consecuencia, aunque es infrecuente, puede haber virajes considerables en la suerte electoral de las organizaciones partidarias en la medida que el electorado opte por apoyar a una nueva denominación partidaria que parezca representar o articular en mejor forma los símbolos, enfoques, programas e intereses de un segmento, si no de la mayoría, de los votantes que se identifican con esa tendencia. Así, un segmento considerable del electorado radical optó por la Democracia Cristiana a mediados y fines de los años sesenta, y el electorado del Partido Liberal Democrático no aceptó la unificación de los dos partidos liberales a principios de los treinta. Además, los candidatos presidenciales triunfantes obtuvieron un electorado mucho mayor que el del partido o partidos específicos que los apoyaban, y el inicio de sus gobiernos habría de generar un significativo empuje electoral para tales partidos.

Cuarto, desde el fin de la interferencia gubernamental en las elecciones posteriores a 1891, ningún partido por sí solo ha contado con una mayoría absoluta del electorado chileno y, por tanto, una constante en la política del país ha sido la formación de coaliciones para de las elecciones presidenciales y para crear mayorías parlamentarias operativas. Normalmente, las coaliciones para las campañas presidenciales se rompían en el curso del período presidencial y los mandatarios debían forjar nuevas coaliciones para aprobar la legislación, incluyendo en ocasiones a coaliciones distintas para cuestiones distintas. A fines del período presidencial, la búsqueda de una nueva coalición para la elección presidencial en ciernes determinaría con suma frecuencia la suerte de la coalición parlamentaria de gobierno.⁸³

Aun cuando cabría esperar que los partidos con posturas afines en las polaridades fundadas en divisiones societales proveyeran el primer eslabón para configurar el componente central de las coaliciones presidenciales o parlamentarias, con suma frecuencia no ha sido éste el caso. Tales partidos —ya sea que se formaran o no de escisiones de un tronco común—

⁸³ Para un análisis de las dificultades que acarrea el presidencialismo para la formación de coaliciones gobernantes, véase Arturo Valenzuela, "Partidos políticos y crisis presidencial en Chile: Proposición para un gobierno parlamentario", en Juan J. Linz, Arend Lijphart, Arturo Valenzuela y Oscar Godoy Arcaya, eds., *Hacia una democracia moderna: La opción parlamentaria* (Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1990), pp. 164-180.

eran a menudo tan agrios rivales entre sí que preferían apoyar a distintos candidatos presidenciales e incluso hacer coaliciones parlamentarias con otros partidos. La intensidad de su desacuerdo fue a menudo un factor concomitante de su aguda competencia por el apoyo de los votantes en los mismos, o muy parecidos, segmentos de opinión y grupos organizados, como ocurrió entre los socialistas y los comunistas entre 1942 y 1951, o entre los demócratas y los democráticos en los años treinta. Pudo ser también el fruto de amargas divisiones en cuanto al apoyo o rechazo de un presidente o candidato presidencial, y su legado político. Esto fue lo que sucedió con los liberal democráticos y los liberales entre 1891 y 1925.

Y quinto, el número de votantes fue reducido hasta que se introdujo el sufragio femenino luego de 1949 y, sobre todo, hasta que se aprobó la ley del voto obligatorio en 1962, pero esto no afectó al proceso de desarrollo de los partidos que reflejaban posiciones de todos los sectores de opinión en la sociedad política nacional. El bajo número de votantes se debió ante todo al gran número de electores en condiciones de serlo que simplemente se abstendían de votar. Por ende, tales cifras no reflejaban “restricciones” que disminuyeran sistemáticamente la suerte de algún partido en particular y que viciaran de manera decisiva, por lo tanto, la democracia chilena.⁸⁴ En las décadas que siguieron a 1894, el sistema partidario se fue “completando” a medida que partidos que reflejaban los puntos de vista de todos los sectores de opinión fundamentales podían probar sus fuerzas en las elecciones altamente competitivas del país. □

⁸⁴ Para un enfoque reciente que sostiene que la democracia chilena era “restringida” por esta razón, véase Dietrich Rueschemayer, Evelyne Huber Stephens y John Stephens, *Capitalist Development and Democracy* (Chicago: University of Chicago Press, 1992).